
LUIS DE VARGAS
¿Quién te quiere a ti?
Novela escénica en tres actos.
50 cts.

la pantalla

Semanario Español de Cinematografía.

Director: ANTONIO BARBERO

Editado en RIVADENEYRA

Paseo de San Vicente, 20.

MADRID

Publica todas las semanas, como mínimo, 16 grandes páginas profusamente ilustradas en huecograbado.

TODOS LOS AFICIONADOS AL CINE DEBEN LEER LA PANTALLA, QUE CONSTITUYE LA VERDADERA GUÍA DE LA CINEMATOGRAFÍA MUNDIAL

Precios de suscripción: Madrid, provincias y posesiones españolas: semestre, 5,50 pesetas; año, 10.—América, Filipinas y Portugal: semestre, 7 pesetas; año, 12.—Extranjero: semestre, 11 pesetas; año, 20.

LUIS DE VARGAS

9317

¿QUIEN TE QUIERE A TI?

NOVELA ESCÉNICA, EN TRES ACTOS
Y UNOS METROS DE PELÍCULA

Estrenada en el teatro de la Latina, de Madrid,
la noche del 15 de marzo de 1928.

DIBUJOS DE GUTIERREZ NAVAS



LA FARSA
[AÑ]O III | 30 DE MARZO DE 1929 | NUM. 80
MADRID



LUIS DE VARGAS

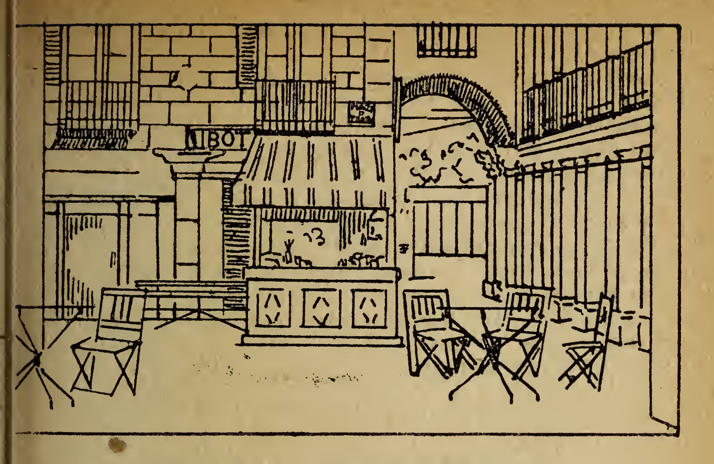
Aurora Redondo.

¿Quién te quiere a ti?

Valeriano León.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Collaritos	Aurora Redondo.
La Milagros	Carolina Fernángomez.
Dolores Capilla	Rafaela Rodríguez.
Carola	Isabel Redondo.
La Tunanta	Carmen Posadas.
Regina	Mercedes Sierra.
Guadalupe	Salud Posadas.
La Seria	Cándida Granja.
Rogaciano	Valeriano León.
Manolo San Juan	Manuel Luna.
Eduardo	Antonio Gentil.
Perico el Pollo	Aurelio Castaños.
Señor Flores	Santos Asensio.
Matilla	Antonio Estrada.
Rodrigáñez	José Vázquez.



ACTO PRIMERO

En la plaza de Santa Cruz, de Madrid, tienen establecido un veraniego puesto de horchata las hermanas Milagros y Baldomera Cañizo, dos madrileñas de pelo cortado, medias *Rebeca* y falda rodillera. La decoración reproducirá una rinconada de dicha plaza, viéndose en el centro del escenario, de frente al público, el puesto de bebidas refrescantes, que tendrá, como es lógico, de todo lo necesario para servir cumplidamente al público. Al lado del puesto, a la derecha del actor, un banco de madera, pintado de verde, y distribuídos por la escena, dos veladores y sillas, de hierro. Pendiente del toldo de lona que cubre el modestísimo establecimiento y escrito con caracteres visibles, un cartel con el siguiente reclamo: Cotel "Taxi", creación de esta casa. Por la tarde, en el mes de junio.

(Al levantarse el telón, está en escena Baldomera Cañizo, *a quien todos sus familiares y amigos llaman* Collaritos, *por el motivo que dentro de poco se dirá. Collaritos estará sentada detrás del puesto, de espaldas al espectador, que solo ha de ver de la persona de ella el negro y brillante cabello que adorna su cabeza. Transcurren unos segundos sin pronunciarse una frase y luego salen, por la primera derecha,* Matilla *y* Rodríguez, *dos muchachos, mitad hortera, mitad empleado de poco sueldo, joviales y dicharacheros.)*

Matilla.—¡Vas a conocer a una horchatera que quita el cráneo, participándote, además, que se tima un rato largo y admite coba! *(Se sientan los dos en las sillas más próximas a la mesa de la derecha.)* ¡Ya verás cómo está la socia del limón helao! *(Toca las palmas.)*

677486

COLLARITOS.—¡Va en seguida! *(Se levanta y va al centro de la escena.)*

MATILLA.—¡Y con una cara!... *(Viendo la de Collaritos.)* ¡Mi madre, qué cara! *(Por fin nos enteramos de cómo es Collaritos. Una mujer de veintitrés o veinticuatro años, fea con ganas, pero no de una fealdad repulsiva, que carece del menor atractivo en su cuerpo y en sus facciones. El apodo de Collaritos lo debe a que constantemente lleva encima un almacén de bisutería barata: collares de perlas "de los chinos" y de cuentas de mil colores, pulseras de celuloide y metales bajos, pendientes de vidrio y peinecillos. Viste un traje claro y un mandil de percal, a rayas blancas y azules, limpio como los chorros del oro.)*

COLLARITOS.—¡Muy buenas tardes! *(Limpiando la mesa con un puño.)* ¿Los jóvenes serán tan amables que me digan la consumación que prefieren?

MATILLA.—¡A mí se me ha quitao la gana!

RODRIGÁÑEZ.—¡Y a mí!

MATILLA.—Usted disimule la pregunta...

COLLARITOS.—¡Disimula una tantas cosas!

MATILLA.—¿Este puesto ha sido traspasao?

COLLARITOS.—¿Por qué lo dice usted?

MATILLA.—Porque ayer tarde estuve yo aquí y había otra joven despachando.

COLLARITOS.—Mi hermana Milagros. Es muy guapa, ¿verdad?

MATILLA.—Y esa hermanita tan hermosa que tiene usted, ¿suele venir por aquí?

COLLARITOS.—*Toas* las tardes, a las siete.

MATILLA.—*(Consultando su reloj de pulsera.)* Las seis menos cinco. *(Se levanta.)* Cuando quieras.

COLLARITOS.—Turnamos las dos en el puesto, porque como estamos solas en el mundo...

RODRIGÁÑEZ.—*(Levantándose también.)* ¡Huy, qué pena! ¡Tan jóvenes y *desamparás!* ¿No le da a usted miedo?

COLLARITOS.—A mí, no. ¿Y al pollo?

RODRIGÁÑEZ.—¡Al pollo, arroz!

COLLARITOS.—¡Y pepitoria!

MATILLA.—¿Ha dicho usted que a las siete?

COLLARITOS.—Sí, señor.

MATILLA.—Gracias.

COLLARITOS.—¡De nada!

MATILLA.—*(Cogiendo a Rodrigáñez por un brazo y marchando con él hacia la primera izquierda.)* ¿Te convences? ¿No te aseguré yo que en la plaza de Santa Cruz había una horchatera estupenda?

ODRIGÁÑEZ.—La hermana puede que sea tan formidable o la describes; pero esa nena de los collares es una birria. liente loro! *(Y desaparecen.)*
OLLARITOS.—*(Que ha quedado triste y pensativa, viendo char a los muchachos.)* *¡Toos* han de venir por la Mila-! ¡Y *pa* mí ni una sonrisa, ni una mirada, ni siquiera una e de agrado por boca de un hombre!... En cambio mi her-a... *(Llega por la primera derecha el* SEÑOR FLORES, *un ecito charlatán y simpático, guarda agujas de la Compañía Tranvías. Viste traje de dril azul, muy usado, y cubre su eza con un sombrero de paja ordinaria, de forma idéntica s de jipijapa.)*
EÑOR FLORES.—¡Hola, Collaritos!... ¡Eh, tú, Collaritos!...
OLLARITOS.—¡Buenas tardes, señor Flores!
EÑOR FLORES.—¿Qué haces ahí tan seria, contemplando el lto? ¿En qué piensas, muchacha?
OLLARITOS.—¡En que hay cosas en el mundo que no debían como son!
EÑOR FLORES.—¡Claro! Yo no debía ser viejo, y ya me ves, con los calzones puedo!
OLLARITOS.—¿Y se conforma usted?
EÑOR FLORES.—¡Qué remedio me queda! Si tú quisieras earme unas inyecciones de esas de mono...
OLLARITOS.—¿Se pondría usted en relaciones conmigo?
EÑOR FLORES.—¡Qué duda coge!
OLLARITOS.—¿Cuesta mucho eso del mono?
EÑOR FLORES.—Dicen que miles de pesetas.
OLLARITOS.—Entonces deje usted de castigarme por ahora, or Flores, que yo tengo ahorraos solamente siete duros.
EÑOR FLORES.—Con siete duros no hay ni *pa* una mona.
OLLARITOS.—¡Carero! ¡Las monas que habrá usted agarrao cinco reales!
EÑOR FLORES.—¿Me das un vasito de zarza?
OLLARITOS.—Sí, señor.
EÑOR FLORES.—¡Me gusta venir a este puesto! Eres una cha-a muy simpática...
OLLARITOS.—¡Tantas gracias!
EÑOR FLORES.—Y la Milagros una real hembra, muy flamen-y muy castiza.
OLLARITOS.—¡Le advierto a usted que cuando yo me pongo jarras soy más chula que la jaca torera! ¡A ver si me ha nao usted por una cursi! Si la Milagros es castiza, yo tam-n, que pa eso somos hermanas, y no creo que mis fallecidos lres derrochasen too el casticismo en ella, porque pa que naciese madrileña fetén se mudaron na menos que a un

puesto de churros. ¡Y no se figure usted que salió un comb ¡Pues hombre! ¡Cualquiera que le oiga se pensará que la lagros es la maja marquesa y yo una niña litri!

SEÑOR FLORES.—*(Que ha terminado de beber la zarza rrilla.)* ¿Has acabao ya?

COLLARITOS.—¡Yo, sí! ¿Y usted?

SEÑOR FLORES.—¡También!

COLLARITOS.—¡Pues pague! *(Sale por la primera derecha* SERIA, *mujer del pueblo, joven, guapota, metida en carnes detrás de ella, en plan castigador,* ROGACIANO. *Este Rogacia es un hombre de veinticinco años, más feo que blasfemar más aseado que una pastilla de jabón. Viste modesto trajeci de verano, zapatos de lona con punteras de cuero y sombre redondo, de paja, y no lleva cuello en la camisa ni corba Cuando se descubra veremos que se peina con raya al lado con un tupé muy levantado, y que el hombre debe gastar cosmético la mitad de lo que gana, según trae el cabello planchado y lustroso.)*

LA SERIA.—*(Muy sofocada y con paso ligero.)* ¡Ay, qué pelma! *(Parándose en seco.)* ¡Que haga usted el favor de tirarse!

ROGACIANO.—¡Cuando me quiera usted unas miajas! ¿Ten gracia o no tengo gracia

LA SERIA.—¡Muchísima! *(Muy seria.)* ¿No ve usted cóm me carcajeo, don latoso?

ROGACIANO.—Me llamo Rogaciano Gutiérrez.

LA SERIA.—¿Gutiérrez?

COLLARITOS.—*(Desde el puesto, burlona.)* ¡Ha salido G tiérrez!

ROGACIANO.—¡Festivo que soy!

LA SERIA.—¡Bueno, déjeme continuar, que voy a "Las Cu renta Fanegas".

ROGACIANO.—¿Y qué son cuarenta fanegas pa mí? ¡Cuaren tonelás de cariño tengo yo almacenadas en mi casa pa cuan usted las desee! *(La Seria apresura otra vez el paso y marcl seguida de Rogaciano, por la primera izquierda. Desaparec los dos.)*

COLLARITOS.—¡Amos! ¿Le parece a usted?

SEÑOR FLORES.—Pasionales llaman ahora a eses.

COLLARITOS.—¡Y poca vergüenza los han llamao siempr En vez de estar aquí en el puesto, como es su obligación, ha dedicao a enamorar a la transeunte desconocida.

SEÑOR FLORES.—¿Es que el Rogaciano presta poca atenci al negocio?

COLLARITOS.—El no tiene na que ver con el negocio. Co

es esterero de oficio, y en esta época apenas le sale trabajo, viene a ayudarnos unos ratitos cuando puede, y siempre es un descanso pa nosotras. Necesitamos un chico que friegue, y aunque Rogaciano es ya un poco grande...

SEÑOR FLORES.—¿Le habéis tomao de chico en grande?

COLLARITOS.—¡Y colao! ¡Ya le ha visto usted! Con lo feo que le ha hecho Dios y ha salido un tanguista. ¡Quiere alternar con toas!

SEÑOR FLORES.—Lo dicho: un pasional.

COLLARITOS.—¡Un primo! Y lo de primo, aunque es primo nuestro por parte de madre, lo digo con segunda. *(Vuelve* ROGACIANO.)

ROGACIANO.—Na. ¡Otra que me desprecia!... ¡Quién fuera un Valentino!

SEÑOR FLORES.—¿Pa qué?

ROGACIANO.—¡Pa tener las mujeres así, por conjuntos, señor Flores! Y buenas tardes, que no he saludao. *(Rogaciano, durante la escena que sigue, se quita la americana y el sombrero y se coloca un mandil blanco, que sacará del interior del puesto.)*

COLLARITOS.—No te has dao mucha prisa en llegar.

ROGACIANO.—Mujer, es que, sin pensarlo, surge un "flir" en la segunda bocacalle, conforme sales del domicilio...

COLLARITOS.—¡Pa el caso que te ha hecho!

ROGACIANO.—¡Maldita sea mi cara! ¡Amos, que tener que llamar cara a esto, que no vale dos gordas! ¡Quién fuera un Valentino!

SEÑOR FLORES.—Y luego, a los cincuenta años, ¿qué? ¡Ruinas y na más que ruinas! ¡Aquí me tienes a mí!...

ROGACIANO.—¡Si ya le he saludao!

SEÑOR FLORES.—Allá por el año setenta y ocho fuí un chulo juncal y postinero. ¿Y pa qué me sirvió? ¡Pa tirar mi juventud inútilmente! No te apures, chaval, que la cara no lo es too en esta vida. La guapura pasa y se agosta. En cambio, el que es honrao y digno y hombre de bien, sabe que lo será hasta que se muera.

ROGACIANO.—¿Pero es que no tienen algunas personas toas esas buenas condiciones que usted señala y además una belleza que tambalea?

COLLARITOS.—¡Claro!

SEÑOR FLORES.—¡Esos son los elegidos! Y elegidos por Dios, hay muy pocos.

ROGACIANO.—¿Qué haría yo con Dios pa buscarme una recomendación pa esas elecciones?

COLLARITOS.—No dejar de acordarte de El.

SEÑOR FLORES.—¡Bien dicho! Y me voy pa la aguja. ¡Hasta luego!

ROGACIANO.—¡Adiós, niño bonito! ¡Marchoso!

SEÑOR FLORES.—¡Lo he sido! ¡Lo he sido! ¡Y todavía!...

COLLARITOS.—¡Pero si antes me ha pedido usted unas inyecciones de mono!

SEÑOR FLORES.—¡Ahora sí que me has echao! ¡Hasta luego! *(Vase por la derecha.)*

ROGACIANO.—*(Después de una pausa breve y reinando en lo que ha dicho el señor Flores.)* ¡La honradez! ¡La dignidad! ¡La hombría de bien! ¿Tendré yo de *tóo* eso?

COLLARITOS.—*(Que se ha sentado en un extremo del banco.)* ¡La guapura pasa y se agosta!... ¡Pa una hoja del calendario no está mal!

ROGACIANO.—*(Sentándose al lado de ella.)* ¿Qué te ocurre, chica?

COLLARITOS.—¿Qué me ha de ocurrir, Rogaciano? Que soy mujer, que tengo veintitrés años y que *entavía* no me ha dicho un hombre, ni por casualidad: ¿quién te quiere a ti?... ¡Si yo fuese guapa!

ROGACIANO.—¡Pues si yo fuera bonito! ¡Menudo escabeche en los corazones femeninos!

COLLARITOS.—¡Veo pasar a toas horas tanta mujer hermosa despertando los deseos de los hombres, tantas parejas comiéndose con los ojos y pregonando a voces su felicidad!... ¡Hay días que siento una envidia y una pena! ¡Pero una pena muy honda, que me hace derramar lágrimas de amargura! Y no es ya el cariño como yo lo sueño, Roga; es la amistad, la simpatía, las atenciones, que hasta tú mismo, que sé que me estimas, le gastas más bromas y más palique a la Milagros que a mí.

ROGACIANO.—¡La Milagros es canela! ¡Me tiene de una Mochalez! Cuando estoy fregando los vasos y aparece ella y me suelta algún timo con salero, me entra un bienestar por too el cuerpo, que no sé qué hacer con el estropajo.

COLLARITOS.—¡Bueno, basta ya! ¡Pa ti la Milagros y la perra gorda! Me desprecias, pero tan fea no soy. *(Se levanta.)*

ROGACIANO.—Te sobra bisutería.

COLLARITOS.—Hijo, las que no somos guapas, tenemos que arreglarnos un poquito pa resultar bien.

ROGACIANO.—¡Pero si eres talmente la casa Thomas! ¡Por algo te puse yo Collaritos! ¡Y Collaritos se te ha quedao en el barrio.

COLLARITOS.—¡Pues como a mí se me o curra llamarte Felipe el Hermoso!...

ROGACIANO.—¡Nadie se figurará que te refieres a un servi-
:!... ¡Ay, si yo fuese un Valentino!

COLLARITOS.—Te voy a llamar el Limpito.

ROGACIANO.—Limpio y aseao lo soy. Acércate. Güele... *(Por cosmético que se ha dado en el pelo.)* Violetas Imperiales... 'atea... *(Sacando un pañuelo del bolsillo del pantalón.)* ¡De-
!as de los Cuatro Caminos!... *(Mostrándole la pechera de la nisa.) ¡Desmáyate!...* Extracto de pollo "pera"...

COLLARITOS.—¡Qué peste!

ROGACIANO.—Me gasto una fortuna en perfumería. ¡Que di-
ıula uno un poquito la fealdad con los *perfúmenes* y la :iene!

COLLARITOS.—La misma idea me llevo yo con los collares y pulseras... ¿Te has fijao? Aquí luzco la que me regalaste sábado. No me la quito ni pa dormir.

ROGACIANO.—¡Ni que fuera la de pedida!

COLLARITOS.—*(Mostrándole el brazo.)* ¿Hace bien, verdad?

ROGACIANO.—Oye, ¿sabes que tienes un brazo muy apañadi-
' ¡Qué blanco! *(Acariciándolo.)* ¡Está superior!

COLLARITOS.—¡Ay, que me haces cosquillas! ¡Ja, ja, ja!

ROGACIANO.—¡No me huyas, fea!

COLLARITOS.—¡Fea! ¡Una sola vez que me has piropeado y seguida se te ha venido a los labios mi fealdad! *(Aparece, ' la primera derecha,* EDUARDO, *hombre de unos treinta ɔs, bien plantado, agradable, que viste a lo popular, decen-
nente.)*

EDUARDO.—¡Ah, de la horchata! ¡Felices, Rogaciano! ¿Qué hace?

ROGACIANO.—Aquí, con la Collaritos...

COLLARITOS.—¡Servidora y horchatera!

EDUARDO.—¿Haría usted la caridad de un vaso de agua, ›nada.

COLLARITOS.—¡Ay! ¡Ya mismo! (¡Monada! ¡Ay!)

EDUARDO.—¡Vaya un mes de junio caluroso! *(Por el cartel e hay en el toldo.)* ¿Eh? Oye, esterero. ¿Qué significa el uncio ese?

ROGACIANO.—Un *cotel* que he inventado yo y que está te-
›ndo un éxito loco.

EDUARDO.—¿Y por qué le llamas "taxi"?

ROGACIANO.—Porque te tomas un vaso de esa bebida y sien-
ı un frescor por too el cuerpo, que ni que fueses dando un seo por la Dehesa de la Villa en "taxi" descubierto.

EDUARDO.—Pues sírvame un coche de esos?

COLLARITOS.—¿Lo quiere de cuarenta?

EDUARDO.—¡Y que no patine en el asfalto!

ROGACIANO.—¡Dáselo con freno rápido!

COLLARITOS.—¡Ahí lleva un *Citroën!*

EDUARDO.—*(Después de probarlo.)* ¡Superior, na más! ¿M constiparé?

ROGACIANO.—Sube el cristal.

EDUARDO.—*(Apurando el vaso.)* ¡Ya lo he subido! ¡Y n entra más fresco!

ROGACIANO.—¡Algo *bárman* que he salido! ¡Bebidas mode nas, señor! ¡Madrid se transforma! "Metro", rascacielos, h teles, cabarés, negros con *jazz-band* chin pun... ¡Madrid se h mudao a Norteamérica! ¡Y yo encantao, porque siempre h sido muy cosmopolita!

COLLARITOS.—Eso ¿que es?

ROGACIANO.—Cosmopolita le llaman al que viaja mucho.

COLLARITOS.—¿Pero tú has viajao?

ROGACIANO.—¡Anda! He estao dos años, por ferias, en Gu dalajara y he pasao un verano en Ocaña.

EDUARDO.—¿Y ya cumpliste?

ROGACIANO.—¡Tú tío el de Móstoles fué el que cumplió al doce años!

EDUARDO.—No te enfades, Rogaciano, que pa algo somos a tiguos amigos.

ROGACIANO.—¿Cómo marcha el taller?

EDUARDO.—¡De primera!

COLLARITOS.—¿Tiene usted taller?

EDUARDO.—De broncista. Una chavola muy modestita. Me h establecido hace seis meses. El día que cumplí los treint años me di cuenta de que estaba hecho un golfo, y me dij muy sereno: "Eduardo, esto no puede ser".

ROGACIANO.—¡Bien pensao!

EDUARDO.—Me acordé del oficio de broncista que tenía d chaval, y con unas pesetejas—que pa mí que cayeron del ci lo—abrí el tallercito y vamos pa alante.

COLLARITOS.—¡Es usted un hombre cabal; pero que mu cabal!

EDUARDO.—¡Ni por soñación! Me faltan muchas cosas. S dentro de unos meses puedo ampliar el negocio, me busco un mujer decente...

COLLARITOS.—¿Pa casarse?

EDUARDO.—¡La fija! Y entonces sí que voy a estar en mi cabales. ¡Ya he rodao bastante por el mundo, sin provecho Ahora sueño con una casita humilde, pero limpia, una muje guapa...

COLLARITO.—¿Tiene que ser guapa?

EDUARDO.—Cuesta lo mismo y siempre es más agradable a la vista.

COLLARITOS.—Dice usted muy bien. *(Se retira del grupo y pasa al mostrador.)* (¡Más agradable a la vista!)

EDUARDO.—Yo no soy malo, y como tenga la suerte de que me toque una esposa buena, ¡ni felices ni na que vamos a ser!

COLLARITOS.—(¡Y toa esa felicidad que está pintando, pa una que sea bonita!) *(Sale del puesto con un capachito en la mano.)*

ROGACIANO.—¿A dónde vas?

COLLARITOS.—A la Cebada, a por limones. ¡Usted lo pase bien!

EDUARDO.—Lo mismo digo. Eduardo del Pino, pa servirla.

COLLARITOS.—Gracias... (¡Cuesta lo mismo y siempre es más agradable a la vista!) *(Vase por la derecha.)*

EDUARDO.—¿Quién te ha hecho esa caricatura?

ROGACIANO.—¿Cuál?

EDUARDO.—La de la horchatera.

ROGACIANO.—¡Eduardo, que es prima mía!

EDUARDO.—¡Aunque sea tu abuelita la pobre!

ROGACIANO.—¡¡No consiento que te pitorrees de la Collaritos! Yo soy una persona de muy buenos sentimientos.

EDUARDO.—¡Ché, ché, no te amontones! Y ahí van los cuarenta del *cotel*. ¡Adiós, tipo taxi! *(Vase por la derecha.)*

ROGACIANO.—¡Tipo taxi!... El día menos pensao me largo a París, penetro en un instituto de belleza, me ponen otra napia, que allí las tienen preciosas, adquiero unos ojos gachones y una boquita en forma de corazón, ¡y voy a sonreírme del capricho de las damas! *¡Tres jolis y tres charmán!*

(Por la izquierda llegan CAROLA *y* MANOLO SAN JUAN. *Los dos son jóvenes, agraciados, postinero él y humilde ella. Manolo presume, porque puede hacerlo, de tipo y de cara. Siempre va estupendamente trajeado y le cae muy bien la ropa. Carola tal vez será mecanógrafa o dependiente de algún gran establecimiento comercial: un poco más que modistilla y algo menos que señorita de la clase media. Viene a pelo, con un elegantito traje de verano.)*

MANOLO.—¡Qué empeño en que nos sentemos aquí!

CAROLA.—Cinco minutos nada más, hombre.

MANOLO.—¡Te he dicho ya que tengo que hacer a las siete! Anda, vámonos.

CAROLA.—¿Ves cómo no te atreves a sentarte aquí conmigo, por si te ve esa pájara?

MANOLO.—¿Empezamos de nuevo con la murga? ¿Tendré

que repetirte que yo no conozco a nadie en estos barrios? jate, ojea: ¿en dónde se halla esa mujer que dices?

CAROLA.—Pues si no temes nada, siéntate.

MANOLO.—*(Se sienta hacia la izquierda.)* ¡Sentao para to la tarde! ¿Estás conforme, caprichosa?

CAROLA.—*(Sentándome a su lado, amorosa.)* ¡No te enfad

MANOLO.—¡Déjame! *(Toca las palmas.)*

ROGACIANO.—¡Va..., pero que ya!... Buenas tardes. ¡Ta gusto, don Manolito!

CAROLA.—*(Después de una pausa brevísima.)* Te ha salu do por tu nombre. ¿No dijiste que no conocías a nadie en barrio?

ROGACIANO.—(¡Aquí hay changa!) ¿Qué va a ser?

MANOLO.—¡Una irritación muy grande!

ROGACIANO.—Entonces, traeré zarzaparrilla...

MANOLO.—¡Espera, furciates!

ROGACIANO.—(¡Bueno, Celorcio!)

MANOLO.—¿Qué quieres?

CAROLA.—Horchata.

MANOLO.—Y yo, agua de cebada.

ROGACIANO.—¡Enterao! *(Mientras va al puesto a prepar los servicios.)* ¡Si yo me pareciera a ese! ¡Qué tipo de ho bre! Así tiene a las mujeres: *¡desmoralizás!*

CAROLA.—¿Tendrás valor de olvidarte de mí por culpa otra?... ¡Contesta, mal genio!...

MANOLO.—¡Como no calles, me voy para siempre!

CAROLA.—¡No, Manolo; eso, no!

MANOLO.—¡Es ridículo que nos pongamos en este plan mitad del arroyo! ¿Qué le importa a la gente nuestros quis miquis? ¡Vas a dar lugar a que me ponga fiera, y con yo me sienta burro...!

ROGACIANO.—*(Sirviendo las consumiciones pedidas.)* ¡C bada con paja! Tómela, que le gustará... Horchatita de gloria.

MANOLO.—¿De la gloria? ¿Quién la ha traído?

ROGACIANO.—¡Un angelito, que se va volando! *(Retirándo al puesto.)* ¡Vaya figura que tiene el galán! ¡Si me la prest ra pa la verbena de San Cayetano!

CAROLA.—¡Te has quedao muy serio!

MANOLO.—¡A ver!

CAROLA.—Pero, Manolo, ¿no comprendes que estos cel que no me dejan vivir, y todo lo que digo, y lo que hago, lo que pienso, es porque te quiero más que a mi sangre?

MANOLO.—¿De verdad, criatura?

CAROLA.—¡Me tienes ciega!

MANOLO.—¡Muy ciega, claro; pero no haces más que prometer! ¡Quererte, yo, negra!

CAROLA.—¡Chiquillo, por Dios!

MANOLO.—Y tú, palabras y nada más que palabras. ¡En cambio otras!...

CAROLA.—¡Qué mala persona eres! Si has encontrao a una mujer más hermosa que yo y más complaciente, vete con ella, déjame; porque si el pensamiento que pusiste en mí no es noble y el deseo que yo te inspiro no es honrao, ¿para qué he de quererte con la ilusión que te quiero?

MANOLO.—¡Mira que dices tonterías!

ROGACIANO.—(¡Está dándole marcha!)

CAROLA.—¡Júrame que no me haces de menos con ninguna!

MANOLO.—¡Otra te pego!

ROGACIANO.—(¡Le va a pegar! Sigue marchoso.)

CAROLA.—¿Me quieres tú?

MANOLO.—¡Con fiebre, con delirio, con locura! ¡Qué me importan a mí las mujeres, estando en el mundo mi Carola!

CAROLA.—¡Así me gusta oírte! ¡Así te quiero! ¡Para mí solita! ¡Poco orgullosa que camino cuando te llevo a mi lao! Si te quedases mudo, te querría lo mismo, porque es tu persona pinturera lo que me disloca. Al mirarte alguna por la calle—¡que hay socia que te come con los ojos, chiquillo!—, me entran unas ganas de gritar: "¡Mírale, hija, mírale! ¿Te gusta? ¡Pues sufre! Sufre y aligera el paso, porque el señorito es de mi pertenencia.

MANOLO.—Y tú, ¿cuándo vas a ser con todo tu cuerpo de quien no alienta más que para ti?

CAROLA.—¡Calla! ¡Que no piense yo que eres un granuja! ¡Te quiero demasiado para tener que aborrecerte!

MANOLO.—¿Crees que soy de los que dan luego la *espantá*? ¡Si nadie va a enterarse, alma mía!

CAROLA.—¡Manolo!

ROGACIANO.—¡Aguanta! ¡Y el puesto no está asegurao de incendios! *(Por la izquierda, llega* GUADALUPE, *una monada de doncellita de casa "bien", con su uniforme y una jarra en la mano. Al ver a Guadalupe.)* ¡Gracias a Dios que ya voy a tener con quien hablar!

GUADALUPE.—¡Buenas! *(Colocando la jarra en el mostrador.)* ¡Lo de todos los días!

ROGACIANO.—¡Lo de toos los días es que me gustas una enormidad! ¿Y yo a ti?

GUADALUPE.—¡Ni pensarlo! ¡Es usted la mar de feo!

ROGACIANO.—¡Pero resulto muy gracioso!

GUADALUPE.—¿Sí? Haga usted una gracia que estoy muy triste.

ROGACIANO.—¿Te reirías si te diese un beso?

GUADALUPE.—¡No, señor!

ROGACIANO.—¡Pues es lo más salao de mi repertorio! Y ahora poseo la exclusiva, por cinco años, del beso aviador.

GUADALUPE.—¡Aviador! ¿Cómo es?

ROGACIANO.—¡Una cosa muy rica! Extiendes así los brazos, *(Poniéndolos en cruz.)* sacas el hociquito...

GUADALUPE.—¡No ofenda!

ROGACIANO.—Lo *ajuntas* con mis labios, que son miel y natillas; suena el motor, ¡hum!, ¡hum!, y te elevas al cielo, aterrizando en el paraíso.

GUADALUPE.—¿Sin averías?

ROGACIANO.—¡Eso, según esté la atmósfera! ¿Volamos?

GUADALUPE.—¡Cuando me lleve usted a Cuatro Vientos!

ROGACIANO.—¿Vas a quererme?

GUADALUPE.—¡Muchísimo! Pero estoy en dudas si dejarlo para Pascua o pa la Trinidad.

ROGACIANO.—¡Pa la Pascua! ¡A ver si tengo felices Pascuas!

GUADALUPE.—¡Y buena entrada de año! ¡Ande, venga la peseta de limón!

MANOLO.—¿Te has convencido, nena? Ni aquí existe esa tal Milagros ni jamás he pensao en castigar a nadie más que a ti.

CAROLA.—¡Menuda penitencia tengo yo con tus relaciones.

MANOLO.—¡Celosa! ¿De modo que *chalaíto* por una horchatera? ¡Qué risa!... Anda, vámonos ya, que son cerca de las siete y a esa hora me ha citado don Hugo. *(Vuelve a tocar las palmas.)*

ROGACIANO.—¡Va pero que ya!

GUADALUPE.—¡El limón!

ROGACIANO.—¡Aguarda, que me llaman de la mesa cuarenta y dos!

GUADALUPE.—¿Cuarenta y dos? ¿Y las cuarenta?

ROGACIANO.—¡Las canté anoche! *(A Manolo.)* ¿Más cebada, pollo?

MANOLO.—*(Pagando.)* Ahí tienes.

ROGACIANO.—¡Gracias!... ¡Pasarlo bien!

MANOLO.—*(Del brazo de Carola.)* ¿Olvidao todo?

CAROLA.—¡Todo, menos mi cariño! ¡Y eso que me da miedo quererte, Manolo!

MANOLO.—¡Cobarde! *(Y vánse, devorándose con los ojos, por la primera izquierda.)*

ROGACIANO.—*(Por la pareja y mientras recoge los servicios de la mesa.)* ¡Cuidao con los autos! Lo digo porque como el

amor es ciego, a lo mejor atropellan esta tarde a uno de os dos...

GUADALUPE.—¡Jesús, qué pesao es el feo éste!

ROGACIANO.—Ahora mismo voy a enseñarte un retrato, pa que no vuelvas a llamarme feo en tu vida... *(Sacando una postal de un bolsillo de su americana.)* Servidor, a los cuatro años de edad.

GUADALUPE.—¡Amos, ande! ¡Pero si esta criatura es hasta bonita!

ROGACIANO.—Porque yo, cuando peque, era precioso. El demonio fué antes angel; pero luego me estropeé un poco con el *desenrollo.*

GUADALUPE.—¡Qué ojillos más pillines!

ROGACIANO.—*(Con una mirada cómica.)* ¡Como éstos!

GUADALUPE.—¡Y qué hoyitos tan graciosos!

ROGACIANO.—¡Fíjate! *(Con un gesto que es un poema.)* ¿Son os mismos? ¡Mira qué sepulturas pa tus besos!... De forma que si tú me amases...

GUADALUPE.—¡Qué horror!

ROGACIANO.—¡Na, que no pué ser! ¡Toas me desprecian! Quien fuera un Valentino! *(Coge la jarra y se oculta tras el puesto.)*

GUADALUPE.—*(Después de una pausa.)* ¡El limón!

ROGACIANO.—*(Poniendo la jarra encima del mostrador.)* Ojalá se te indigeste! ¡Y a ver cuándo me das parte de tu boda con Apolo, ilusa! ¡Dita sea! ¡Vete ya, niña, vete ya! Al pueblo, al pueblo!

(Por la derecha aparece LA MILAGROS, *bien arreglada con su traje de batista, sus medias de seda y sus zapatos flamantes. Después de todo lo que se ha hablado de ella, no habrá que repetir que es una real hembra, chulona y juncal. Tiene veinticinco años, a primera vista; siempre resuelta, orgullosa y altiva, seca de carácter y dura de gesto. Una mujer guapa que más le valiera no serlo; o, por lo menos, no estar tan poseída de que lo es. En la mano trae un paquetito con un delantal blanco, que se colocará a llegar.)*

MILAGROS.—¡Hola! ¡Madre, qué calor! ¡Y que tenga yo que andar a pie habiendo tanto automóvil por esas calles!

ROGACIANO.—¡Que te largues a encerar pasillos!

GUADALUPE.—¡Ahora mismo! *(Se encamina a la primera izquierda.)*

ROGACIANO.—¡Eh, jovencita, que te llevas la jarra, pero no me has hecho la jarrita!

GUADALUPE.—¿Cómo dice?

ROGACIANO.—¡Que te retrates!

GUADALUPE.—¿Y si no salgo favorecida como usted? ¡Hasta mañana! *(Vase.)*

ROGACIANO.—¡Que te traeré otra foto que tengo, de primera comunión!

MILAGROS.—¿Y la Baldomera?

ROGACIANO.—Ha bajao a la Cebada.

MILAGROS.—¡Lo que es esta tarde no se ha ahogao el público en la bulla! Poca gente hay.

ROGACIANO.—Y la poca que ha venido, más vale que no la hayas visto. Ha estao aquí el Manolo.

MILAGROS.—¿Ya? ¿Tan temprano?

ROGACIANO.—Venía con una que pa mí que... ¿Me comprendes? ¡Han tenido una escenita amorosa!... ¡No te digo más sino que les serví horchata helada, y a los dos minutos estaba el contenido del vaso hirviendo a borbotones!

MILAGROS.—¡Ah! ¿Sí? ¡Mira qué rico! ¿Y cómo era ella? ¿Guapa?

ROGACIANO.—¡Psss!... ¡Del montón!

MILAGROS.—¡Pues ese montón lo aparto yo con el pie el día que se me antoje! Ahora, que vaya con quien le dé la real gana, que pa eso es libre como el pájaro.

ROGACIANO.—El será libre, pero tú quieres bajarle la banderita.

MILAGROS.—¿Yo? ¡Allá cuidaos!

ROGACIANO.—Te gusta, bebes los vientos por él... ¿A qué negarlo? Como es un niño bonito, marchoso y pinturero, le quieres por sus hechuras... ¡Y no debías quererle!

MILAGROS.—¿Pa quererte a ti?

ROGACIANO.—¿Por qué no?

MILAGROS.—¡Ja, ja! ¡Déjame, Rogaciano, que no tengo ganas de reírme!

ROGACIANO.—Pues no te rías, que voy a hablarte con el corazón, Milagros. ¡Con mi corazón, que es muy grande y muy noble y está ansioso de cariño! Yo te lo ofrezco pa que dispongas de él como mejor te parezca: hazlo cachos o guárdalo en tu pecho...

MILAGROS.—Se lo echaré de cordilla al gato...

ROGACIANO.—Yo soy un hombre honrao, trabajador, y conmigo no habría de faltarte de na, dentro de nuestra pobreza. ¿Felices? ¡Una aglomeración! Feliz yo por tener una mujer tan hermosa a mi lao y feliz tú, porque yo no me miraría más que en esos ojos...

MILAGROS.—¿Casarme yo contigo? ¡Acabaca, "méndigo"!

ROGACIANO.—Gano un buen jornal.

MILAGROS.—¡Si lo digo por lo feo! ¡Bonita pareja pa un nú-

ero de circo! ¡La bella Milagros y el tozudo de la hilaridad!

ROGACIANO.—¡No te burles! ¿Es que no has visto tú por as calles a muchos hombres, tan feos como yo, que llevan al o mujeres muy hermosas?

MILAGROS.—Porque las han conseguido a fuerza de billetes tú no tienes dinero pa comprarme a mí.

ROGACIANO.—Sueño con ser tu marido, como Dios manda en estiones del querer.

MILAGROS.—¿Yo casada con un primo mío? ¡Ibamos a tener ie pedirle la dispensa al Papa!

ROGACIANO.—¡Con una mujer como tú, dispensa el Papa *too* que haya que dispensar!

MILAGROS.—¿Y esposa de un esterero; de un hombre que se sa la vida tirao en el suelo?

ROGACIANO.—Pero no porque sea vago, sino porque es mi icio. ¡Quiéreme! ¡Anda, quiéreme un poquito!

MILAGROS.—¡Déjame en paz! Si me caso, será con un hombre ie me guste mucho—y tú no me gustas—, y si tengo una ala hora y me lleva el diablo, que sea en coche y con brintes.

ROGACIANO.—Es que yo no puedo darte brillantes.

MILAGROS.—Pues haz cuenta que no me has dicho *ná*.

ROGACIANO.—¡Pa qué me traería Dios al mundo con esta ra! *(Se sienta en el banco, mustio y cabizbajo.)*

MILAGROS.—*(Saca un espejito de su bolsillo y se arregla alna honda de su peinado.)* ¿Achares a mí, trayéndome conistas a la puerta de casa? ¡No sabe ese postinero que como me plante en el sitio en que tenía el moño, va a hacer núeros por esta personita en cuanto yo diga a la de tres!... *lega* COLLARITOS, *por la derecha, indignadísima.)*

COLLARITOS.—¡Hija, qué hombres! ¡Mal educados! ¡Antigantes!

ROGACIANO.—¿Qué te pasa?

COLLARITOS.—*¡Ná!* Un mala sombra ahí, frente a San Isidro, e al cruzarse conmigo, va y le dice a otro que iba con él: ye, Servando, ¿en qué estás pensando? ¡Agarra la mor ı por cadena, no sea que se suba al tejao!"

ROGACIANO.—¿Y qué dijo Servando?

COLLARITOS.—¡Siguió andando!

ROGACIANO.—¡Menos mal! ¡Si estoy yo allí, me como al amide Servando!

COLLARITOS.—¡Gracias, Roga! Y antes, en la Cebada, un paero—¡que ojalá le tiren *toas* las patatas a las narices pa e se las hinchen!—me preguntó con chunga, al verme con

estos collares: "¿Va usted a cantar *El dúo de la Africana, soprano?*" ¿Qué es soprano, tú?

ROGACIANO.—Soprano es el que tiene voz de bajo. Yo soy un soprano.

COLLARITOS.—¡Ah! Pues, por si era una cosa mal sonante, le llamé ¡mariposa!, y me lanzó a la cabeza una patata de las mas grandes. Aquí, en el capacho la traigo. *(Muestra una patata enorme.)* ¡Ya tenemos plato de entrada pa la cena! ¡Faltaría más que no pudiese una salir a la calle como se le antoje!

MILAGROS.—Es que pareces un borrego de feria. Aprende de mí. Agua clara en el cutis, un poco de coba en las mejillas y terminao el adorno de la fachada.

COLLARITOS.—Pero tú eres muy guapa, y cuando se es guapa no se necesita más que asomar la cara al balcón pa que *toos* los hombres miren hacia arriba...

ROGACIANO.—¡Hacia arriba y hacia abajo!

COLLARITOS.—Como si pasase un aeroplano arrojando flores.

MILAGROS.—¿Joyas falsas? ¡Pa el gato, que es presumido!

COLLARITOS.—*(A Rogaciano.)* ¿Me ha llamao gato?

MILAGROS.—¡Ná de lo que yo me compre por siete pesetas va a ser más lindo que mis ojos!

COLLARITOS.—¡Quién los tuviese así! ¿Verdad que será la gloria pa un hombre mirarse en unos ojos rasgaos, como los de mi hermana?

ROGACIANO.—¡A saber lo que vería en ellos!

MILAGROS.—¡Está el pollo irónico!

(Por la derecha llega DOLORES CAPILLA, *una andaluza de Sanlúcar la Mayor, cincuentona, presumida, que aún se conserva fresca y apetecible. Viste un traje claro, con la falda casi por la rodilla; luce sobre sus hombros un chal de crespón, y acaba de ondularse el pelo, que lo lleva cortado y teñido de negro.)*

DOLORES.—¡Güenas tardes, niña!...

MILAGROS.—Muy buenas, señora Dolores.

DOLORES.—¡Josú, qué día! ¡Hasé er favó de darme una siya!

COLLARITOS.—*(Ofreciéndosela.)* ¡Aquí la tiene usted!

DOLORES.—¡Pero qué cansaísima! *(Sentándose.)*

ROGACIANO.—¿Quiere usted un taxi?

DOLORES.—¡No señó, que aluego me timan toos los chóferes!

ROGACIANO.—Un taxi líquido, pa que refresque.

DOLORES.—¡Eso, sí! ¡Cuarquié cosa de bebé! ¡Aunque sea un cubo de agua! *(Rogaciano le sirve el "taxi".)*

COLLARITOS.—Habrá andao usted mucho...

DOLORES.—¡Digo! ¡Y todo pa no cobrá ni una perriya der

dinero que tengo dado a réditos! ¡La gente que abusa de una pobresita viuda con dos hijos!

COLLARITOS.—¿Están buenos los chicos?

DOLORES.—¡Presiosísimos! ¡Qué dos querubes tengo en casa! Y er mayó se me está quedando táviro por curpa de ésta.

MILAGROS.—¿Por mí? ¿Qué me cuenta usted?

DOLORES.—¡Quiérelo, chiquiya!

MILAGROS.—¿Sabe usted si él me quiere a mí?

DOLORES.—¡Más que a su madre! ¡Digo!

MILAGROS.—Pues que haga méritos.

DOLORES.—¡Pa qué más méritos que su cara! ¡Si es un cromo! ¡Un dibujo! ¡Y con veintisinco años!

COLLARITOS.—¡Estupendo!

DOLORES.—¡Ya lo oyes! ¡Hijo e mi arma!

COLLARITOS.—¡La satisfacción que será pa una madre llegar a verse rodeada de unos hijos como los que usted ha traído al mundo! ¡Qué orgullo sentirá usted, señora Dolores! ¡Qué alegría más grande!

DOLORES.—¡Asín estoy yo: chalaíta! ¡Quiérelo, chiquiya! ¡Y con un ofisio tan güenísimo como ha elegío: peliculero! ¿Mis niños arbañiles o pintores o der tranvía? ¡Ni pensarlo! Todo esto está ya muy antigüísimo. Dos hijos tengo y los dos con ofisios de este siglo: uno peliculero y el otro aviadó. ¡Cosas de estos tiempos en que vivimos! ¡Yo soy muy avansá!

ROGACIANO.—¡Ele! ¡Usted es de las que a mí me gustan!

DOLORES.—¡Pero usté es todo lo contrario de lo que a mí me agrada! A Dolores Capiya que no le den monumentos arruinados, ni cayes estrechas, ni quinqués de *petrolio*, ni el *var* de las olas... Yo deliro por este Madrí de la radio, der *furbó*, der teléfono automático, de los bulevares... ¡Una servidora suspira por un Madrí Parí!

COLLARITOS.—¡Y yo, por los Almacenes Rodríguez!

DOLORES.—¡Viva lo nuevo, lo de nuestro tiempo, que bien están los Reyes Católicos en su sepurtura! ¡Er día menos pensado me desido a fumá!

ROGACIANO.—¿Quiere usted un canario?

DOLORES.—Antes tengo que aprendé a echá el humo por las narises.

ROGACIANO.—Yo diría, por ese capullito de carne...

DOLORES.—¡Ay, don Jenaro er feo, que me ha salío un mantenedó de juegos florales!

ROGACIANO.—¡Pruebe usted a quererme!

DOLORES.—¡En eso mismito está pensando Dolores Capiya, viuda con dos marnolias! Y me voy a yegá en un sarto a vé

si le cobro unos sarsiyos a una conjuntista der teatro E lava, que vive ahí en Pontejos.

COLLARITOS.—Se está usté hinchando, ¿eh?

DOLORES.—¿Qué dises, chiquiya? A ganarme treinta duriyo pa mis hijos, pa que eyos luzcan y vistan como los primero ¿Cuánto debo?

MILAGROS.—Hoy ná. Tengo yo gusto en convidarla.

DOLORES.—¡Qué rumbosa! ¡Muchísimas gracias! ¡Ay, qu nuera me va a caé en suerte! ¡Güeno, ya no hablo má ¡Condió!... ¡Ah, que se me orvidaba lo más prinsipá! ¡Si r he venío más que pa contarlo! Anoche fuí ar sine, a vé ur sinta *aonde* trabaja mi niño...

COLLARITOS.—¿Sí? Cuente usted, cuente usted.

DOLORES.—¡Chiquiya, qué insurto!

COLLARITOS.—¿No le gustó?

DOLORES.—Verá. Prinsipiaron los cuadros y me veo salí u letrero que desía: "Rodrigo de Samora"—porque mi hijo s ha buscao ese nombre pa impresioná, porque es muy *alegante* "Rodrigo de Samora en er papé de Pajarito". Y aparesió é co la gorra muy puesta de lado y saludando *asín*, *asín*, a todo e mundo; pero a mí no me vió ¡y eso que estaba en la dela tera! ¡Tenía una delantera güenísima!

ROGACIANO.—*(Por el pecho de Dolores.)* ¡Y la tiene usté como pa abonarse!

COLLARITOS.—¡Calla, pelmazo! ¡Siga, señora Dolores!

DOLORES.—Cuando yo guipé a mi chiquiyo ayí retratado andando como por su casa, no pude contenerme y le chiyé co toda mi arma: "¡Bendita sea la mare que te parió tan pr sioso!" Y un tío de barbas que estaba a mi lao, me dijo mu serio: "Señora, ¿con sus años y colada por ese *Duglás* de v estrecha?"...

ROGACIANO.—¡Eso tiene gracia!

DOLORES.—¡Pos a mí no me la hiso! Güeno, empesó la pr mera parte; se coló mi hijo en una taberna, lo cogieron ent cuatro y le dieron una toyina e palos que me lo dejaron en e suelo bardaíto. Yo gritaba, toda asustada: "¡Canayas! ¡Si vergüensas! ¿Le vais a pegá estando su madre delante? ¡P garle otra vé y me como a uno!" !Pa qué ví a contá er joy que se armó en er sine! Me tuvieron que yevá ar puesto d refrescos y darme una gaseosa y sei pasteles.

ROGACIANO.—¡Fin de la primera parte!

DOLORES.—Ahora viene la segunda. En cuantito aparesió r hijo en er lienso, gritó todo er público: "¡Que sarga la ma dre! ¡Que venga su mamá! ¡Que sarga!"... ¡Hasta que tu que salí!

ROGACIANO.—¿En la pantalla?

DOLORES.—¡No, señó! ¡Der sine! ¡Y con una pareja de guardias! ¡Güeno, lo que yo disfruté anoche con la película, no es pa dicho! ¡Y ya me voy, que se me va a escapá la de los sarsiyos!

ROGACIANO.—¿Quiere usted otro taxi?

DOLORES.—¡No, señó, que me he mareado! ¡Josú, que caló! ¡Este Madrí es una sartén! ¡Ay, mi Salúca de mi arma! ¡Mi casita en los olivares! ¡Lo que hay que trabajá pa los churumbeles! *(Y se marcha por la izquierda, dispuesta a pegar la hebra otra vez con el primer conocido que encuentre.)*

ROGACIANO.—¡Que usted descanse! ¡Chavó con la andaluza! ¡Menudo "espiquier"! ¿Nos ha nombrao a las estupendeces de sus chicos? *(Por la izquierda vuelven* MATILLA *y* RODRIGÁÑEZ.)

MATILLA.—¡Ahí la tienes! ¿Qué te parece?

RODRIGÁÑEZ.—¡Colosal!

MATILLA.—Siéntate. *(Se sientan hacia la derecha y Matilla toca las palmas.)*

MILAGROS.—*(Acercándose a la mesa que han ocupado los pollos.)* ¡Buenas tardes! ¿Qué desean?

MATILLA.—Aquí, este amigo, que es forastero y quiere conocer los monumentos de Madrid.

MILAGROS.—¿Le ha traído usted a que vea la torre de Santa Cruz? Es aquella.

MATILLA.—Y usted es la Giralda.

MILAGROS.—¿La Giralda? ¡Ja, ja! ¡Está en Sevilla!

ROGACIANO.—¿Qué tienes, Collaritos?

COLLARITOS.—¡Una pena muy grande!

ROGACIANO.—Pues ya somos dos a penar. ¡La Milagros no me quiere!

COLLARITOS.—¿Ahora te enteras? ¡Pobre Rogaciano!

MATILLA.—¡Enorme! *(A Rodrigáñez.)* ¿Verdad que sí?

RODRIGÁÑEZ.—Callao hasta que me toque. ¡Pero cuando me toque voy a soltarme el pelo!

MILAGROS.—Y luego, ¿quién se lo peinará?

RODRIGÁÑEZ.—Usted, con sus peines.

MILAGROS.—¡Me peino con una torrija!

RODRIGÁÑEZ.—¡Chulona!

MATILLA.—¡Flamenca!

COLLARITOS.—(Y a mí, antes: "¡Qué usted lo pase bien!" ¡Con lo castiza que yo soy!) *(Llega* MANOLO SAN JUAN *por la izquierda.)* ¡Huy, el Manolo!

MILAGROS.—(¡Ya está aquí! ¡Va a tragar quina!)

MANOLO.—Buenas tardes.

COLLARITOS.—Hola...

MANOLO.—¡He dicho buenas tardes!

COLLARITOS.—Y yo he dicho hola. ¿No es también un saludo muy fino?

MANOLO.—¿Es que hay sordos? ¡Buenas tardes, Milagros!

MILAGROS.—¡Ah! ¡Buenas tardes! No le había visto. Perdone.

ROGACIANO.—No hay sordos.

MANOLO.—¿Quiénes son esos?

COLLARITOS.—Unos "transuentes".

MANOLO.—¡Creía!

COLLARITOS.—Ahora mismo acaba de marcharse su madre de aquí.

MANOLO.—¿Mi madre? ¿A dónde iba?

COLLARITOS.—A cobrar unos pendientes a Pontejos. ¡Nos ha contao lo del cine! ¡Dice que salía usted más guapo! Y que todas las espectadoras exclamaban: "¡Qué hombre, qué hombre!"

MANOLO.—Ceguera de madre.

COLLARITOS.—¡Sí, ceguera! ¡Que ha sido usted favorecido por Dios! ¡Y con el premio gordo!

MANOLO.—¡Pero, chica!...

COLLARITOS.—(¡Cómo me gusta este Manolo tan manolo!)

MILAGROS.—Ahora mismo. *(Se retira de la mesa y va al puesto.)*

MANOLO.—¿A ver cuándo me sirve usted a mí?

MILAGROS.—A usted puede que le sirva mejor la que ha estao aquí antes acompañándole.

MANOLO.—¿Ya lo has soplao?

ROGACIANO.—¡No, señor; que yo no he soplao na! Ha sido la doncella que vino con la jarra. ¡Es más cotilla!...

MILAGROS.—*(Mientras se halla en el puesto preparando los servicios que le han pedido.)* (¡Está negro!)

COLLARITOS.—¿Y cuándo hace usted otra película, don Manolo?

MANOLO.—Ya pronto.

COLLARITOS.—¿Por qué no me lleva usted pa ver si valgo? ¡Lo que me gustaría a mí impresionar con usted! ¡Lléveme usted, pa probar! *(Milagros vuelve a la mesa de Matilla y Rodrigáñez.)*

MANOLO.—Bueno; ya volveré cuando esté usted menos agobiada.

MILAGROS.—En seguida termino.

MANOLO.—¿Me espero?

MILAGROS.—Haga usted lo que mejor le parezca.

MANOLO.—¡Pues aquí de clavo! *(Se sienta en una de las mesas de la izquierda.)*

ROGACIANO.—Qué calor, ¿eh?
MANOLO.—¡Sofocante!
MILAGROS.—*(Yendo a la mesa de Manolo San Juan.)* Usté rá.
MANOLO.—¡Que es usted muy mala!
MILAGROS.—¿De veras? ¡Pues castígueme usted! *(Se sienta su lado.)* ¡Ja, ja, ja!
MANOLO.—¿Por qué se ríe?
MILAGROS.—¡Porque hubiese estao chusco el lance si me tro-ezo con la de la horchata!
MANOLO.—¡Que no es lo que usted se piensa, Milagros! Un unto de hace años; algo que está ya muy muerto.
MILAGROS.—Si a mí no tiene usted que darme cuentas. Una sa es que yo le estime y me agrade su compañía y otra que etenda disponer de su vida.
MANOLO.—Usted dispone de mi vida, de mí y de un perrito e tengo en casa.
MILAGROS.—¿No será la de la horchata?
MANOLO.—¡A mí no me ha vuelto loco más mujer que usted!
MILAGROS.—En Ciempozuelos está el manicomio.
MANOLO.—¡Y en esos ojos la dicha de Manolo San Juan!
RODRIGÁÑEZ.—Oye, tú, para mí que andova y la andovales...
MATILLA.—¡Capicúas! Anda, vámonos, que me molesta la rra. Paga.
RODRIGÁÑEZ.—¿Y dices que te molesta la gorra? *(Palmotea.)*
MILAGROS.—Cobra, Collaritos.
COLLARITOS.—(¡A lo mejor no me dan propina!)
RODRIGÁÑEZ.—Tenga.
MATILLA.—¿Vamos a Saboya?
RODRIGÁÑEZ.—¡A ver salir el agua de la Cibeles, rico! *(Vanse itilla y Rodrigáñez por la izquierda.)*
COLLARITOS.—No lo dije. ¡Ni propina!
ROGACIANO.—¿Qué te han dao?
COLLARITOS.—Un disgusto muy grande.
MILAGROS.—¿Yo? ¡Siempre será algo menos! ¡Pa usted que ioro que va cada instante con unas y con otras y que es más queto que un pavo real!
MANOLO.—¡Mentira! Y usted dispense lo rotundo de la frase. i poco de palique, cháchara y pasatiempo, no digo que no, e al fin es uno joven y vehemente; pero de aquí, del lao iz-ierdo, ni "cinquito" de cariño. El corazón lo guardo yo para a mujer que me está robando la existencia, ¡ladrona!
MILAGROS.—Sin insultar, ¿eh?
MANOLO.—Jamás he sentido por ninguna este amor loco que consume; este amor hondo, nacido de la inquietud de mu-

chos días, del desvelo de muchas noches y del suspirar a das horas por ese cuerpo serrano... ¡Lo que voy a quererte

MILAGROS.—Al tiempo, que dará la razón al que la ter Desde que un hombre dice a una mujer ¡lo que voy a q rerte! hasta que le jura ¡por la verdad de mi cariño!, ti que marcar muchas horas el reloj. De manera que vamo hablar esta tarde muy en serio, porque no me fío.

MANOLO.—¡No me regañes, que me gustan mucho los mitos!

MILAGROS.—¡Las manos!

MANOLO.—Ya se han perdido. Sigue.

MILAGROS.—Usted no me desagrada...

MANOLO.—¡Bendita sea tu...!

MILAGROS.—¡Las manos!

MANOLO.—¡Estaos quietas, revoltosas!

MILAGROS.—¡Me gusta usted porque tiene simpatía y á y tipo!

MANOLO.—¡Favor que me haces!

MILAGROS.—¡Es justicia! Pero yo soy muy orgullosa y i de mi persona. Sé que valgo más que muchas y no pierd tiempo peinándome pa cualquiera.

MANOLO.—¿Y para Manuel San Juan?

MILAGROS.—¡Según lo que me prometa!

MANOLO.—¡Que te voy a querer más que a la liberta prisionero!

MILAGROS.—¡Ya es algo! Condiciones.

MANOLO.—¡Aceptadas todas!

MILAGROS.—Primera: Na de refrescos con otra.

MANOLO.—¿Tan fogoso me crees?

MILAGROS.—Pa mí solita, pero de verdad chipén.

MANOLO.—¡Mi palabra que sí!

MILAGROS.—¡Fíate de palabra de hombre!

MANOLO.—¡Pues fíate de las mías, que son más verdad la luz!

MILAGROS.—¿Y si me arrepiento?

MANOLO.—¡De los arrepentidos es el reino de los cielos! ¡ vamos a estar en la gloria, Milagros!

MILAGROS.—¡Si no me gustaras lo que me gustas, lad

MANOLO.—¿Más que tú a mí, alma de mi alma?

MILAGROS.—¡Manolo!

MANOLO.—¡Negra! ¡Viva el cariño!

COLLARITOS.—*(A Rogaciano.)* ¿Te has fijao?

ROGACIANO.—¡Sí, Collaritos! ¡Too el mundo tiene más tuna que nosotros!

COLLARITOS.—¡Si yo encontrase un novio como Mano

¡Pero es pa mi hermana! ¡Otro desengaño más!... ¡Con qué deseo se miran!... ¿Cómo sonarán esas palabras que se dicen los enamoraos muy bajito al oído?

ROGACIANO.—(¡Pobrecilla, me da lástima!) ¡No llores!... Serías tú dichosa si un hombre te dijese: "¡Cuánto te quiero!"?

COLLARITOS.—¡Anda! ¡Ya lo creo! Aunque él no lo sintiera y me engañase por caridad. Yo viviría feliz con mis ilusiones, y viviendo con ilusiones, el mundo es pequeño pa contener el pensamiento, Roga. *(Vuelve, por la izquierda,* DOLORES CAPILLA.*)*

DOLORES.—¡Se las piró la conjuntista! ¡Ni los treinta mosquitos ni el saludo!... Pero, ¿qué ven mis ojos? ¡Manoliyo! ¡Hijo de mi sangre!

MANOLO.—¡Mamaíta, deme usted un abrazo, que la Milagros acaba de obsequiarme con la promesa de su cariño!

DOLORES.—¡No me extraña! ¡Si eres *muy* preciosísimo! ¡Ay, qué pareja! ¡Qué dúo! ¡Dame un beso, chiquiya!... ¡Toma, pimpoyo, sor de mi casa! ¡Y no te enfades si ahora me lo yevo!

MILAGROS.—¡Señora Dolores!

DOLORES.—¡Me lo yevo ar sastre, pa que le pruebe dos trajes!

MILAGROS.—¡Que espere el sastre!

DOLORES.—¡Si es pa que te lo ponga más alegante! ¡Ay, qué alegría tengo! ¡Qué matrimonio! ¡Papeletas va a habé er día que se casen pa entrá en la iglesia!

COLLARITOS.—¿Ya no dirá usted que el niño está táviro?

DOLORES.—¿Táviro? ¿Quién ha dicho eso, que lo muerdo? ¡Si es un tulipán de Holanda! ¡Miá qué cara!

MANOLO.—¡Pero, madre, que me saca usted los colores! No la hagáis caso.

DOLORES.—¡Anda ya pa casa der sastre, desagradesío! ¡Y esta noche amos a i los tre juntitos ar sine!

MANOLO.—¡No; al cine, no!

DOLORES.—¡Pos ar teatro, a ve un drama, que estoy muy contenta y me están entrando ganas de yorá! ¡Y me lo yevo de una ve!... ¡No suspires, niña, que pronto te lo degüervo!

MILAGROS.—¿A qué hora?

MANOLO.—A las diez, aquí.

MILAGROS.—Yo vendré antes.

MANOLO.—¡Llegaré yo primero!

DOLORES.—¡Ay, qué pareja! ¡Qué dos jarrones pa ensima de mi cómoda! ¡Anda pa casa der sastre, que te va a dejá hecho un figurín!

MANOLO.—Hasta las diez

MILAGROS.—Si quieres venir a las nueve y media...

DOLORES.—¡Descuida, que su madre se encargará de adela tarle el reló!

MANOLO.—Tendrá usted que comprarme uno...

DOLORES.—¡Yo te compro a ti un barómetro con artavose ¡Pide por esa boca, Rodrigo de Samora!

MANOLO.—¡Hasta luego, Milagros!

MILAGROS.—¡Hasta luego, Manolo! *(Vanse Manolo y su m dre por la primera izquierda. A Rogaciano.)* ¿Lo estás vi do? ¡Ha bastao con que yo diga a la de tres!

COLLARITOS.—¡Qué suerte tienes!

MILAGROS.—¡Nací de pie!

COLLARITOS.—¡Y yo, dando una vuelta de campana! *(i Milagros se dispone a marchar, quitándose el delantal.)* ¿ dónde vas?

MILAGROS.—A casa. A arreglarme un poco y a ponerme ot traje pa cuando vuelva Manolo, por si su madre nos invi al teatro.

COLLARITOS.—¡Toma! Prepara pa la cena la patata obsequ de un admirador. *(Se la da.)*

MILAGROS.—¡Estoy más contenta, Collaritos, más contenta! ¡Pa mí que voy a romper a cantar por las calles! ¡Vaya ho bre que me llevo!

COLLARITOS.—¡Si yo me viera en tu pellejo!

MILAGROS.—¡Pa eso hay que ser chula y flamenca y guap ¡Como yo! *(Vase por la derecha.)*

COLLARITOS.—¡Y guapa! ¿Has visto qué cruel es la Milagro

ROGACIANO.—¡Se le ha muerto la abuela!

COLLARITOS.—¡Hace años!

ROGACIANO.—¡Tu hermana no tiene sentimientos!

COLLARITOS.—¡Pero es dichosa! En cambio, hay quien na desgraciá y vive en desgracia toa su vida. Ejemplo: una s vidora. ¡No me quiere nadie! ¡Voy a tener que quererme solita!

ROGACIANO.—(¡Pobrecilla, me da lástima!) ¡No te apur Collaritos, que a lo mejor queda un cacho de alegría en mundo pa ti!

COLLARITOS.—¿En dónde estará?

ROGACIANO.—¡Aquí! ¡Yo te la he traído! ¡Tu primo h mano!

COLLARITOS.—¿Qué dices?

ROGACIANO.—Ven, siéntate. *(Se sientan los dos en el banc* ¡Mírame!

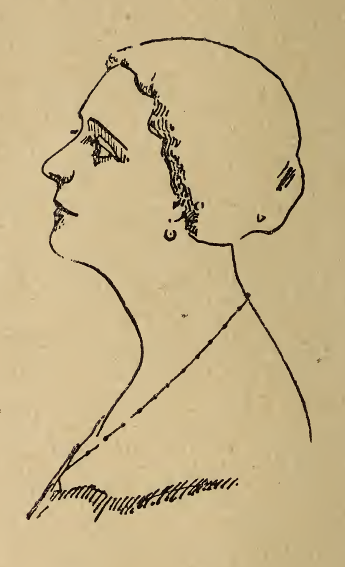
COLLARITOS.—¿Pa qué?

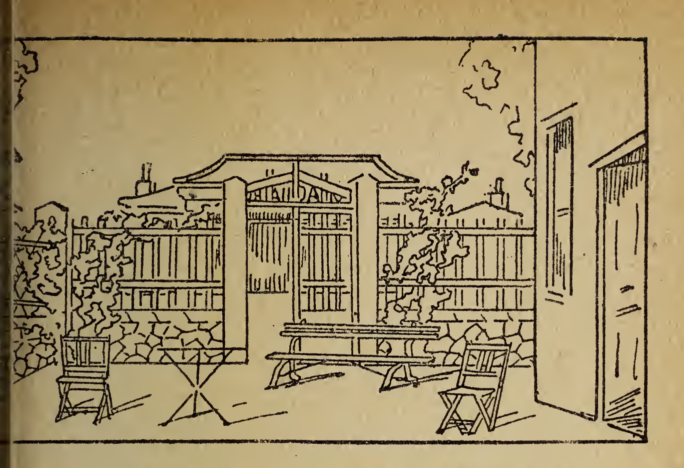
ROGACIANO.—¡Que me mires!... ¿Qué ves en mis ojos?

COLLARITOS.—¡Una bondad que se te sale por ellos!

ROGACIANO.—¿Tú siempre me has estimao, verdad?
COLLARITOS.—¡Un porción!
ROGACIANO.—¡Pues toma! *(La besa en una mejilla.)*
COLLARITOS.—¡Rogaciano! ¡Fresco, atrevido!
ROGACIANO.—¡Calla, escandalosa! ¡Si te lo he dao de primo!
COLLARITOS.—¡De vivo!
ROGACIANO.—¡De primo vivo!... (¡Qué cutis más fino tiene!)
COLLARITOS.—¡Rogaciano!
ROGACIANO.—¿Qué?
COLLARITOS.—¡Que me ha gustao!
ROGACIANO.—¡Pues claro! ¡Yo beso muy bien! ¡Un hacha l ósculo! ¡Y cuando pruebes los de aviador...!
COLLARITOS.—¡Qué bonito es quererse un hombre y una ujer!
ROGACIANO.—¿Vamos a querernos nosotros?
COLLARITOS.—¡Bueno!
ROGACIANO.—Entonces, déjame que te bese otra vez. *(Y vuel- a besarla.)*
COLLARITOS.—¡Rogaciano!
ROGACIANO.—¡Calla, tonta! (¡Pobrecilla, me da lástima!) 'e gusto?
COLLARITOS.—¡Mírame!... ¿Te casarás conmigo?
ROGACIANO.—¡Pa que tú vivas contenta!
COLLARITOS.—*(Buscando la dicha en los ojos de él.)* ¡Mi ɔgaciano guapo!
ROGACIANO.—¡Collaritos, rica, bonita...! ¿Quién te quiere a ti? *' cae el telón.)*

FIN DEL ACTO PRIMERO





ACTO SEGUNDO

a izquierda del paseo del Pacífico, cerca ya del Puente de Valle- ha creado cierta Sociedad Anónima una barriada de baratos y lestos hotelitos de cemento armado, pagaderos a plazos. En jardín de un hotel de dicha barriada, que habita nuestro cono- › Rogaciano Gutiérrez, van a sucederse las escenas de este acto. jardín está cercado en el foro por un pretil de mampostería que iene una verja de madera, de un par de metros de altura y pintada azul, teniendo la entrada de la calle por una puerta de dos hojas, ›rta en el centro de la verja. A la izquierda del actor, la fachada ıcipal del hotel, que será de una sola planta, con puerta, en el ner término, y una ventana, practicables. La fachada avanza sólo ta el segundo término, debiendo quedar espacio entre ésta y la ja del foro para la fácil entrada y salida de personajes. El lateral echa limitado por otra verja, que forma un ángulo muy obtuso con de la calle, por lo que se verá desde el público, tras esta verja :eral, un pedazo de terreno el hotel contiguo, que habita PERICO POLLO. Al fondo, la calle, que se supone continúa por ambos late- es, y las cercas y fachadas de uno o dos hoteles de la acera de en- ıte. En el jardín de Rogaciano, tres o cuatro arbustos, pelados y uíticos, y algunas matas de geranios sembrados en pequeños arriates, uno de los cuales crece una hiedra que trepa por la verja del foro. el centro del jardín, un velador con pie de ladrillos y tapa de dra artificial; el banco de madera que vimos en el acto anterior, ora más viejo y despintado, y varias sillas de hierro, también de del puesto de la plaza de Santa Cruz. Encima de la puerta de la le, un letrero que dice "Villa Collaritos", escrito para leerse desde afuera. Una tarde de invierno, de sol claro y luminoso.

Al comenzar el acto, vemos a COLLARITOS, *sentada en una las sillas del jardín, cosiendo ropa de hombre.* COLLARITOS

ha cambiado bastante desde el acto primero—no en balde h transcurrido ocho meses—, y está más llena de carnes, m mujer y menos presumida, a pesar de seguir abusando de bisutería. Lo único que no ha variado es su físico. ¡Sigue t fea la pobrecita! Viste traje de casa, modesto y limpio, y u toquilla de lana.)

COLLARITOS.—*(Cantando, mientras cose, con música de "l del Soto del Parral".)*

"Ya estoy aquí,
no te amohines, mujer,
has de tener
fe ciega en mí...
Te quiero,
mi mozo garrido,
Rogaciano presumido..."

(Por la verja de la derecha se asoma PERICO EL POLLO. *Es "pollo" es hombre de cincuenta y tantos años, fuerte, sano vigoroso. Viste traje de americana, pañuelo de seda al cuel y gorra de visera.)*

PERICO.—¡Buenas tardes, vecina!

COLLARITOS.—¡Muy buenas, señor Perico!

PERICO.—¿Qué se hace?

COLLARITOS.—Tomando el sol, que hoy es gloria. Cuan febrerillo el loco se siente formal y juicioso, le puede al m de abril. ¿Y usted?

PERICO.—Echando un vistazo a estas cuatro matas neura ténicas que tengo en el parterre... ¿En dónde se halla el si paticón de Rogaciano?

COLLARITOS.—Salió na más comer. Estaba citao con u amigo que vive ahí, pasao el Puenta de Vallecas, donde Cinema Frutos.

PERICO.—¿Acepta usted un ratito de compañía?

COLLARITOS.—¡Con muchísimo gusto!

PERICO.—¡Pues ahora mismo me cuelo! *(Desaparece.)*

COLLARITOS.—¡Usted viene siempre a su casa! *(Entra Pe co el Pollo por la puerta de la calle.)*

PERICO.—¿Se puede?

COLLARITOS.—¡Que viene usted a su domicilio! Siéntese.

PERICO.—Estimo el asiento. *(Se sienta al lado de Collaritos* Pero, oiga, ¿cosiendo en domingo?

COLLARITOS.—La ropa de trabajo de mi marido.

PERICO.—Se va usted a condenar.

COLLARITOS.—Pa condena la que tengo yo con mi hombr

'ERICO.—¿Es que Rogaciano resulta adúlter● a los cuatro ses de matrimonio?

'OLLARITOS.—¿Adúltero? ¡Las ganas!

'ERICO.—¡Pues si se las aguanta...!

'OLLARITOS.—¿Qué remedio le queda, pa que yo no le araño?

'ERICO.—¡Miau! ¿Arañarle usted, con lo que le quiere?

'OLLARITOS.—Pero ¡si es que le agrandan toas las mujeres!

'ERICO.—¡Pa eso es hombre!

'OLLARITOS.—¡Y pa eso soy yo mujer!

'ERICO.—¡Es que toos los días potaje...!

'OLLARITOS.—¿Tengo yo cara de potaje...?

ERICO.—El potaje ha sido sólo una comparanza.

OLLARITOS.—Mire usted, señor Perico. Antes, de soltero, laba mi Rogaciano con una señora, y la "interfezta" se daba como si la piropease un godo de piedra de los de la za de Oriente; pero ahora, de casao, no sé qué atractivos encuentran al pollo, que socia que platica con él cinco mi- os, socia que se troncha y se monda con las gracias del orito. ¡Y no, ea! ¡Con mi marido no se monda más que servidora!

ERICO.—¡Eso es cariño!

OLLARITOS.—Pero ¿usted se figura lo que representa Roga- no pa la pobre Collaritos?

ERICO.—Un buen cónyuge.

OLLARITOS.—¡La vida entera! ¡Mire usted cómo será mi rio por ese hombre, que coso su ropa y me parece que se a sentao junto a mí; preparo la comida, y corro como loca y no atino con na, porque creo que me aguarda en omedor, muertecito de hambre; me aliso el cabello, y has- oigo una voz, por detrás del espejo, que me dice: "¡Te fa- ece ese peinao!..."

ERICO.—¡A usted la van a sacar en una novela romántica!

OLLARITOS.—¡Si no tengo más amor que el de Rogaciano! siquiera pude saber cómo habría sido el de mis padres, que era yo muy *peque* cuando les perdí a los dos!

ERICO.—Entonces, se explica la miel de la luna.

OLLARITOS.—¡Alguien va a hacérmela añicos!

ERICO.—¿Usted posee pruebas de ingratitud?

OLLARITOS.—¿Pruebas? Pa no mentirle, no, señor. La úni- le mis lamentos es su sequedad y su falta de aseo.

ERICO.—¿No se lava el jovencito?

OLLARITOS.—Sí que se lava; pero se afeita cada cinco días. I le ruego que se afeite, siempre me replica: "¿Pa qué, si me he casao?" Además, es de una indiferencia en too y too. Le hablo, y rara vez me responde. "¡Pero dí algo,

Roga!" "¡Pa qué, si ya lo tenemos too hablao!" ¡No me qu re, señor Perico, no me quiere!

PERICO.—Hay individuos que aman en silencio.

COLLARITOS.—¡Ya, ya! ¡Y que se olvidan de regresar a casa! A las cuatro iba a estar de vuelta. Usted, ¿qué h tiene?

PERICO.—*(Consultando su reloj de bolsillo.)* Las cuatr veinte.

COLLARITOS.—¿Le habrá ocurrido algo?

PERICO.—¿Qué le va a ocurrir, perfecta casada? Se ha distraído con los "amiguitos". *(Por la puerta del hotel sa* DOLORES CAPILLA *y* LA MILAGROS. *Dolores, que sigue tan tocada y juvenil como en el acto primero, luce un flamo y costoso abrigo de pieles. La Milagros, guapa, hermosa y gada de su persona como cuando la conocimos, viste el tı de los domingos y un llamativo jersey de punto de seda.)*

DOLORES.—*(Haciéndole caricias a la Milagros.)* ¡Alegra camelia que tienes por cara, hija mía, que parese que vas patíbulo!

MILAGROS.—¿Y quién tiene la culpa de mi seriedad? hijo y nadie más que su hijo!

DOLORES.—¡Déjate e pamplinas!... Güenas tardes, don rico.

PERICO.—¡Buenas! ¡Hola, Milagritos!

DOLORES.—¿Sigue usted bien?

PERICO.—¡De primera! Y usted, tan guapetona como de tumbre.

DOLORES.—¡Pero si estoy hecha una birriosa!

PERICO.—¡Vaya abrigo de ricas pieles!

DOLORES.—¡Cuatro gatiyos que me han cosío a este f pa que no pase frío! ¿Qué lujos voy a echá teniendo que n tené a dos criaturas?

MILAGROS.—¡Pobres ángeles!

DOLORES.—¡No le fartes ar tuyo, no le fartes!

COLLARITOS.—Está negra porque no viene, ¿verdad?

MILAGROS.—¡No creo que sea cosa de cantar al alirón, p pom! Llevo siete días sin verle...

DOLORES.—¡Porque está ajogaíto con er trabajo!

MILAGROS.—¡Pa usted que me desayuno con bizcochos rrachos y pierdo la cabeza desde por la mañana tempr Diga usted que se halla muy entretenido con las art del cine...

DOLORES.—Mi Manué es más igua y más constante que péndulo! ¡Lo que pasa es que el hijo de mi arma está

endo unos érsitos colosales y too er mundo se lo rifa y me yeva en parmitas. ¡No le quea tiempo ni pa afeitarse!

COLLARITOS.—¿Que no se afeita? ¿Y eso por qué, si todavía á soltero?

DOLORES.—¡Pobresito mío! ¡Chiquiya, hay que verlo en la tima sinta que ha hecho! ¡Sale de moro, y está tan propio stío de moro, tan propio está, que me temo que lo cojan s der Tersio y me lo maten!

MILAGROS.—Y como se siente berebere, anda buscando mu-res pa el harén, ¿no es eso?

DOLORES.—¿Mujeres? ¡Manué San Juan es un ermitaño!

MILAGROS.—¡Si lo dice por lo escondido que está!... ¿Es que aburre a mi lao? ¡Que me lo aclare de una vez, que yo no nsiento el desvío de su hijo ni el de nadie!

DOLORES.—No te apures, que esta tarde te va a poné un me-oriá y una instansia.

MILAGROS.—Se lo estimaré, señora Dolores, ¡porque no sabe ted cómo le quiero!

DOLORES.—*(Besándola exageradamente.)* ¡Huy, qué nuera n requetepresiosa! ¿Verdá que es muy presiosísima?

PERICO.—Parece hermana de usted.

COLLARITOS.—¡Pues lo es mía! ¡Y de padre y madre!

DOLORES.—¿Qué, damos un paseo hasta que venga er mosito?

MILAGROS.—Como usted guste.

DOLORES.—¡Pos andando!

COLLARITOS.—¿Por qué no la llevas a que conozca la capilla ıeva de las monjitas de la Glorieta? ¡Verá usted qué cosa n linda! ¡Han puesto ahora en el altar mayor una Virgen l Carmen con un Niño Jesús más hermoso!...

DOLORES.—¿La Virgen der Carmen? ¡Esa es mi Virgen! ¡La er Monte Carmelo! ¡Amos a pedirle las do por Rodrigo de amora!

MILAGROS.—Si viene dile en dónde estamos.

COLLARITOS.—Descuida. ¡Vayan ustedes con Dios!

DOLORES.—¡Güenas tardes, don Perico!

PERICO.—¡Que siga usted tan estupenda!

DOLORES.—¡Compasión pa una pobresita viuda!

PERICO.—¡Que es la caraba de la viudez!

DOLORES.—¡Josú, qué tabardiyo!... ¡Anda, sentrañas! ¡Y no ayas tan seria, mujé, que yo he traío ese briyante ar mun-o sólo pa ti! *(Ya en la calle, por detrás de la verja.)* ¡Pa ti, i gloria! *(La besa repetidas veces.)* ¡Pa ti, mi luserito!...

PERICO.—Y pa mí, ¿no quea na?

DOLORES.—¡Ni las surrapas! *(Y vase con la Milagros por izquierda del foro.)*

PERICO.—Está chalá la Milagros por el Manolo.

COLLARITOS.—¡Ya veremos cómo terminan esas relaciones Manuel no es capaz de interesarse por nadie y mi herman es tan altanera... ¡Los dos se piensan que merecen adoració porque son muy bonitos! ¡Con el trabajo que cuesta que no quieran en este mundo!

PERICO.—¡También yo quise con ansias y no me vi corres pondido!... ¡Maldita mujer!

COLLARITOS.—¿Dicen que era muy hermosa?

PERICO.—¡Una estrella! ¿Y sabe usté cómo me pagó la in grata? ¡Engañándome, huyendo de mi casa, en donde reinab pa *ajuntarse* con un sinvergüenza! Por eso ahora, ¡ni con jura mentos creo en el amor!

COLLARITOS.—*Toas* no somos tan frágiles.

PERICO.—Porque la quería como la quería, y no le perdon su traición, me enterré en vida en ese hotelito, sin más com paña que una docena de gallinas y una pena muy honda.

COLLARITOS.—¡Qué vecino más desgraciao!

PERICO.—Crea usted, Baldomera, que cuando veo a una mu jer me ilusiono, porque *entavía* tengo restos de juventud dos ojos en la cara; pero al sentirla cerca de mí ¡me entra unos deseos de agarrarle el pescuezo y ahogarla!

COLLARITOS.—¿No se incomodará si yo me aparto un p quito?

PERICO.—¡Pierda cuidao! ¡Usted no es una mujer! ¡Uste es una mártir de la fatalidad!

COLLARITOS.—¡Sí, señor! ¡Desde el primer día que me mir a un espejo! *(Llega* ROGACIANO *de la calle. Efectivamente, te nía razón Collaritos. Su esposo no se afeita ya a diario ni s peina y acicala como cuando estaba soltero. Viene de gorrill con pelliza y pantalón de pana.)*

ROGACIANO.—¡Hola!

COLLARITOS.—*(Levantándose y yendo al encuentro de él.* ¿Te ha pasao algo?

ROGACIANO.—¿Qué me va a pasar?

COLLARITOS.—¿Qué hora tienes?

ROGACIANO.—La misma que tú, porque ambos gastamos relo de sol. Aguarda que mire pa Febo... ¡Las cuatro en punto

COLLARITOS.—*(Cariñosa.)* ¡Eres más tunarra!...

ROGACIANO.—¡Adiós, Perico!

COLLARITOS.—¡Mira cómo vienes! ¡La espalda llena de yeso ¡Y aquí barro y aquí más yeso!... ¡Una mancha!... ¡Otra man cha! *(Rogaciano se quita la gorra.)* ¡Huy, qué pelos! ¡Quítat esos mechones de la frente! ¡Así!...

ROGACIANO.—¡No me maltrates!

COLLARITOS.—¡Déjame que te arregle el cuello de la pelliza!

ROGACIANO.—¡Vecino, llame usted a los guardias, que me ega la costilla!

COLLARITOS.—¡Quéjate, abandonao!... ¡No te sientes, que vas manchar el banco! Espera, que voy por un cepillo. ¿Te vas limpiar el calzao con el pañuelo? ¡Sucio! ¡Qué condenación e hombre! ¡Me tiene frita! *(Dirigiéndose a la puerta de la zquierda.)* ¡Frita!... ¡Pero es muy salao! "Que son las cuatro n punto." ¡Habrá granuja! ¡Ay, Dios mío de mi alma! *(Entra en el hotel.)*

ROGACIANO.—¡Bueno está! ¡Me ha salido higiénica!

PERICO.—*¡Too* eso es cariño!

ROGACIANO.—¡También yo la quiero y la dejo que se siente uando se le antoje! ¡Y tanto como la quiero! ¡Más que a una ermana; como a una amiga muy buena¡ Encantao con ser l dueño de esta casa, porque aquí no me falta ná y sé que la 'ollaritos delira por mi persona! ¡Pero cuando salgo a la alle, señor Perico, y veo otras mujeres, comparo sin darme uenta y alguien pierde méritos con las comparaciones! ¡Se ruza uno en las aceras con cada hembra!...

PERICO.—¡Pa ahogarlas!

ROGACIANO.—¡Pa comérselas! ¡Y qué sino el mío! Ahora que stoy amarrao al matrimonio y no me perfumo despierto paiones hasta en las guapas.

PERICO.—¡Chancero!

ROGACIANO.—¡Como se lo participo! La pasión no la inspira l sastre ni el olfato. Brota de un timo con salsa.

PERICO.—¿Usted sabe timar?

ROGACIANO.—¡Afano la mar de corazones! He inventao cierto ruco amoroso y algo infantil, que está dándome unos resulaos estupendos con el femenino común.

PERICO.—¿Y como es el truquito?

ROGACIANO.—Muy sencillo y muy breve. Hablo con una socia le las que admiten palique, le suelto cuatro epigramas *respective* a sus morbideces, a su región pectoral y demás regiones de su cuerpo; ella me escucha complacida, y en cuanto me sonríe, le pregunto con mimo: ¿Verdad que vas a quererme un poquito? ¿Verdad que *chí*, que *chí*, que *chí?*

PERICO.—¡Chavó con el nene!

ROGACIANO.—¡Y que no falla! Se conoce que pongo el rostro tan aniñao, que me ven talmente en mantillas y les entra ganas de tomarme en brazos pa que no llore.

PERICO.—De modo y manera que... !Verdad que vas a quererme un poquito?

ROGACIANO.—¿Verdad que *chí*, que *chí?*

PERICO.—¡La panocha!

ROGACIANO.—Alguna vez me han mandao a la Inclusa; per otras...

PERICO.—¿Quién te enseñó el truco?

ROGACIANO.—Que se lo solté un día, por *chiripandia*, a un señorita del Metro y le hizo tal gracia y se puso tan nervios que en lugar de taladrarme el billete me picó el deo meñique ¡Y desde aquella fecha, cuasi *toas* pican! *(Aparece en la puert de la verja,* REGINA, *una muchacha de veinte primaveras, guap y arrogante.)*

REGINA.—¡Buenas tardes! ¿Está Baldomera?

ROGACIANO.—Pase usted, jovencita, que aquí no nos comemo a nadie.

REGINA.—¡Ya me lo supongo! *(Entrando en el jardín.)* ¿S puede?

ROGACIANO.—¿Se puede decirle a usted *too* lo bonita que es

REGINA.—¡Le van a faltar flores! ¿No ve usted lo pelao qu está el jardín?

PERICO.—(¡Preciosa chavala! ¡Pero la ahogaría!)

REGINA.—Pues yo vengo, porque Baldomera me ha ofrecid un traje de locura pa asistir disfrazada a un baile...

ROGACIANO.—¿Y pa qué necesita disfrazarse de majareta, s usted es la locura desde que nació?

REGINA.—¡No me lo cuente con esa cara tan fea!

PERICO.—*(A Rogaciano.)* ¡Aquí del truco!

ROGACIANO.—¡Todavía es pronto!... La Baldomera ha salido pero le daré el recao en cuanto regrese. ¿Cómo se llama usted?

REGINA.—Regina.

ROGACIANO.—¿Regina mater?

REGINA.—¡No señor! ¡Solterita!

ROGACIANO.—¿Ni Regina angelorum?

REGINA.—¡Le he dicho que solterita, pelmazo! *(Y se sonríe.)*

ROGACIANO.—*(A Perico.)* ¡Ahora! *(A Regina.)* Entonces... ¿verdad que vas a quererme un poquito?

PERICO.—(¡Le falla!)

ROGACIANO.—¿Verdad que *chí*, que *chí*, que *chí*?

REGINA.—¡Ay, qué tío con más buena sombra!

PERICO.—(¡Ya es suya!)

ROGACIANO.—¡Déjame que te haga un cariñito, chacha! *(Le toma la barbilla.)*

REGINA.—¡Ja, ja! ¡Estese quieto y no me barbillee!

ROGACIANO.—*(A Perico.)* ¿Eh? ¿Qué tal? ¡Y sin *perfúmenes!* *(A Regina y con el mismo juego anterior.)* *¡Chí, chí!* ¿A que *chí*?

REGINA.—¡Ja, ja, ja! ¡Parece una criatura de pecho!

OGACIANO.—¡Cántame la nana!

ERICO.—(¡Y se la canta!)

En este instante sale COLLARITOS *por la puerta de la iz-erda, con un cepillo de ropa en la mano.)*

OLLARITOS.—¡Eh! ¡Rogaciano!

OGACIANO.—(¡La niñera!)

ERICO.—(¡Arrea!)

OLLARITOS.—¡Fresco! ¡Comprometedora!...

EGINA.—¡Baldomera, que yo me había acercao a por el 'raz!

OLLARITOS.—¡Pues disfrázate de persona decente y ya verás no nadie te conoce, rica! *(Cogiendo a Rogaciano por un zo.)* ¡Y tú anda pa adentro!

OGACIANO.—¡No avasalles, monada!

OLLARITOS.—¡Pa adentro, que voy a cepillarte!

OGACIANO.—¡Al tejao van a llegar las virutas! ¡Con ésta valen trucos, señor Perico!

ERICO.—¡Haga la prueba!

OLLARITOS.—¡Con un gato!

OGACIANO.—¡Bonita!

OLLARITOS.—¡Rogaciano!

OGACIANO.—¡Si ha sido a ti, guapa!

OLLARITO.—¡Calla, frescacha! ¡Ay! ¿Por qué te querré con birria que eres? *(Y se lleva a Rogaciano por la primera uierda.)*

REGINA.—¡Me he quedao sin el disfraz! ¡Esto ha sido el lo de doña Baldomera!

PERICO.—No te apures, estupendez, que yo tengo un mantón Manila pa ese cuerpo juncal y marmóreo.

REGINA.—¡Gracias!

PERICO.—Y si tú me quisieras... ¿Verdad que vas a quererme poquito? ¿Verdad que *chí, chí?*

REGINA.—*¡Amos,* que le frían a usted un biberón! ¡El viejo la sombra! *(Vase a la calle y desaparece por la derecha l foro.)*

PERICO.—¡Se conoce que no he dao con el truco! ¡Bah! ¡Mu-res!... *¡Toas* iguales! ¡Coquetas! ¡Falsas! ¡Desagradecidas!... *irigiéndose al foro.)* ¡Pero son muy ricas las hijas de mi ma! *(Vase a la calle, haciendo mutis por la derecha. Sale* LLARITOS *por la puerta de la izquierda.)*

COLLARITOS.—*(Dirigiéndose a alguien que queda dentro.)* ¡Un sahogao, sí, señor! ¡Un desahogao!... ¡Está visto que no ede una dejar suelto al esposo ni cinco minutos! *(Recogien- la ropa y los avíos de costura.)* ¡Al mío le pongo yo una dena y una casita en el jardín el día menos pensao! *(Por*

la derecha del foro, llega MANOLO SAN JUAN. *Viste mejor q que en el acto primero; trae un elegantísimo gabán de pa y sombrero flexible.)*

MANOLO.—*(Entrando.)* ¿Seré bien recibido?

COLLARITO.—¡Manolo! ¿Regresaste ya del veraneo? ¡Cont ta se malla la Milagros!

MANOLO.—¿Por qué?

COLLARITOS.—¡Por lo asiduo que eres, chico!

MANOLO.—¡Tu hermana se figura que no tengo más obli ción que estar todo el santo día con "el me quieres, te quier Yo soy un artista...

COLLARITOS.—¡De postín!

MANOLO.—¡Que me debo al público, a las empresas y a carrera. ¿Ha venido mi madre?

COLLARITOS.—Hace un rato largo. Juntas han salido las d a dar un paseo y a ver la capilla de las monjitas de la G rieta. Allí te esperan. ¿Sabes el camino?

MANOLO.—Sí.

COLLARITOS.—¡Pues prepárate pa la bronca!

MANOLO.—¡Pero, señores, es que la gente me solicita, r agasaja ¡y a ver qué hace un hombre!

COLLARITOS.—Por muy solicitao que se esté, cuando hay luntad, siempre sobran cinco minutos pa acercase a saludar la novia.

MANOLO.—¿Y decirle, por milésima vez, que se la adora?

COLLARITOS.—¡Naturalmente!

MANOLO.—¿No lo sabe ella? ¿No la quiero yo? Pues entonce ¿qué importancia puede tener una ausencia más o menos pr longada? Además, la causa de yo caer en falta es el trabaj el rodaje, que decimos los técnicos. Ahora rodamos todos l días *y poso* en dos sesiones diarias. Y, a propósito de rodaj Necesito hablar contigo de un asunto de película.

COLLARITOS.—¿Vas a contarme un argumento?

MANOLO.—¡Te voy a contratar!

COLLARITOS.—¿A mí? ¿Pa qué?

MANOLO.—Para una *film.*

COLLARITOS.—¿Cómo has dicho?

MANOLO.—Para una cinta. ¿No me has pedido muchas vec que te llevase a impresionar? ¡Pues ya llegó! Van a comenz una película en la cual hace falta una actriz cómica, algo rara.

COLLARITOS.—*(Dolida.)* ¡Manolo!

MANOLO.—Un tipo especial, Collaritos; una muchacha... a como tú.

COLLARITOS.—¿Tan fea, verdad? ¡Dilo sin rodeos! ¿Y te h acordado de mí?

MANOLO.—Porque te pagarán bien, si sirves para ello.

COLLARITOS.—¿Pretendes que yo vaya a exhibir mi desgracia y a hacer reír a las gentes por unos duros? ¡Que en un teatro se burlen de mi cara, aunque yo me muera de pena por este castigo que me ha dao Dios sin merecerlo! ¡Muchas gracias, Manolo! Bien que las mujeres hermosas paseen su hermosura por el mundo, pero no maltratéis a las pobrecitas feas, que nadie es feo por su gusto! ¡Ojalá pudiese yo dar ese dinero que me ofreces y ocultar por siempre mi fealdad!

MANOLO.—Dispensa, Collaritos... ¡No llores, chiquilla!

COLLARITOS.—¡Déjame!

MANOLO.—Límpiate esas lágrimas... Anda, no seas tonta. *(Le seca las lágrimas con su pañuelo.)* Perdóname. Yo te lo propuse con la mejor intención. *(Pone sus manos en los hombros de ella y la mira a los ojos.)* ¿Me perdonas? *(Y en este momento sale* ROGACIANO *por la izquierda.)*

COLLARITOS.—Sí, Manolo...

ROGACIANO.—¡Collaritos!

COLLARITOS.—(¡Ay, Dios, que se va a pensar una cosa que no es!)

ROGACIANO.—¿Qué tienes? ¿Por qué lloras?

MANOLO.—¡Por nada!

ROGACIANO.—¿Qué ha pasao aquí?... ¡Habla!

COLLARITOS.—Manuel, que me dijo una cosa que me molestó...

MANOLO.—Ya te explicaré. Se relaciona con el cine.

ROGACIANO.—Mira, Manolo, de hoy pa siempre y pa que te sirva de conducta si quieres seguir entrando en esta vivienda...

MANOLO.—¡Pero... Rogaciano!

ROGACIANO.—¡Collaritos es mi esposa! ¿Te enteras?

MANOLO.—¿Es que te figuras?... ¡Ja, ja! ¡Qué gracioso!

ROGACIANO.—¡No te rías! ¡Si eres capaz de burlarte, también yo soy capaz de...!

MANOLO.—¿Amenazas a mí?

COLLARITOS.—¡Rogaciano, que me estaba contratando! ¡Pero yo no he aceptao!

MANOLO.—¡Cuéntaselo con detalles para que no me pegue la fiera! ¡Qué miedo! ¡Ha tenido ingenio el *calambur! (Vase a la calle.)* ¡Hasta luego, moro de Venecia! *(Ya tras la verja.)*

ROGACIANO.—¡Sabes que la Collaritos es mi mujer y que yo soy un hombre! ¡Un hombre!

MANOLO.—¡Y yo otro!

ROGACIANO.—¡Tú eres un peliculero de guagua!

MANOLO.—¡Pues allá películas! *(Se marcha por el foro izquierda.)*

ROGACIANO.—¡Allá películas! ¡Nos ha fastidiao Duglas Fa... Fanegas!

COLLARITOS.—*(Abrazando a su marido.)* ¡Muchas gracias, Rogaciano! No me estaba haciendo el amor—¡te lo juro por mi madre!—; pero muchas gracias, porque ahora he sabido cuánto me quieres. ¿Verdad que tú me quieres?

ROGACIANO.—¡Pues claro, chica! ¡Y miro por tu honor y por el mío!

COLLARITOS.—¡Muchas gracias! Y no dudes de mí, que soy buena y *honrá*. ¡Cómo le voy a gustar a nadie si hasta que tú me llamaste bonita ningún mortal me había mirao a la cara! ¿Es que ya no te acuerdas de mis amarguras? ¡Te estoy tan agradecida!...

ROGACIANO.—¡Collaritos!

COLLARITOS.—¿Qué hombre me enamoró? ¡Tú! ¡Tú me enamoraste y me enamoras y te quiero!

ROGACIANO.—Y yo te correspondo.

COLLARITOS.—¡A ratos, descastao, que eres más frívolo que un charlestón! ¡Pero tendrás que quererme muchísimo!... *(Por la derecha del foro llegan* EDUARDO *y* CAROLA, *los dos con sus trajes domingueros y más satisfechos que un poeta premiado con la flor natural.)*

EDUARDO.—*(Parándose ante la puerta del foro y leyendo el letrero que hay encima de ella.)* Villa Collaritos... ¡Aquí es! ¿Hay permiso?

ROGACIANO.—¿Quién?... ¡Eduardo! ¡Penetre el broncista y la compaña!

COLLARITOS.—(¡Inoportunos, como toos los visitantes!)

EDUARDO.—*(Entrando con* CAROLA.) ¡A las buenas tardes!

CAROLA.—¡Muy buenas!

EDUARDO.—¿Interrumpimos el idilio?

COLLARITOS.—¡No, señor!

ROGACIANO.—¡Siéntate!... Siéntese, joven.

EDUARDO.—Antes haremos las presentaciones, como en el gran mundo: la señora de Gutiérrez... Rogaciano Gutiérrez, ex contertulio mío de bar... La señorita Carola Medina...

CAROLA.—Servidora de ustedes.

EDUARDO.—Servidora de ustedes y algo muy allegao a un servidor.

ROGACIANO.—Pero sentarse. *(Se sientan los cuatro.)* (¿En dónde he visto yo a esta mujer?)

EDUARDO.—Pues chico, que veníamos dando, un paseo, aprovechando la festividad de la jornada, y le dije a ésta: "¿Quiéres conocer a unos excelentes amigos míos que están en la luna de miel, pa que vayamos aprendiendo?"

COLLARITOS.—¡Poco bueno se puede aprender aquí! ¿De ma-
ra que la joven...?
EDUARDO.—¡Es mi *parteniere! ¡Amos,* que me ha hecho tilín!
'a me tropecé con la mujer que necesitaba!
COLLARITOS.—(¡Pues no es tan guapa!) ¿En dónde la encon-
ó usted?
CAROLA.—En la calle, como a un perrito sin dueño.
EDUARDO.—A la salida del Monumental Cinema. La miré, me
;radó, no me hizo caso, la seguí pa enterarme dónde vivía, y
la tarde siguiente, al cine otra vez.
CAROLA.—Pero yo no asistí.
EDUARDO.—Me pasé una semana plantao en su calle...
CAROLA.—Y como habito en un interior con vistas al patio...
EDUARDO.—¡Ni las narices le pude ver! Cierto domingo nos
uzamos en la plaza del Progreso; me puse pelma y me es-
ıchó a la trágala.
CAROLA.—Me pareció un hombre formal y decente—que sí
ıe lo es—y le dije que bueno. Las mujeres no tenemos más
ılución que el matrimonio.
EDUARDO.—¡Ché, ché, frena el pensamiento, que yo no me
ınformo con ser un recurso!
ROGACIANO.—¡Los recursos, pa el Supremo!
COLLARITOS.—¡Pues que sea pa bien!
CAROLA.—¡Y que ustedes lo presencien!
EDUARDO.—¡El mes próximo, atao de por vida!
COLLARITOS.—¡Echele usted un buen nudo!
EDUARDO.—A los que hemos corrido tanto por el mundo nos
illa cansaos el matrimonio y no hay quién nos mueva del
ogar. *(A Rogaciano.)* ¿Y tú, qué, tipo taxi?
ROGACIANO.—¡Parao también!
EDUARDO.—Te encuentro muy descuidao en el aseo personal...
ROGACIANO.—¡Como ya me casé! No salgo a ninguna parte.
COLLARITOS.—¡Diga usted que esta tarde ha estao con los
migos cerca de una hora!
CAROLA.—¡Ya es bastante, hallándose en la luna de miel!
EDUARDO.—¿Y qué falta te hace salir, teniendo este encanto
e domicilio? ¿Cómo has tropezao con la bicoca?
ROGACIANO.—Breando a recomendaciones. Estos hotelitos es-
án muy solicitaos, porque son jamón serrano. Ya ves: su ca-
ho de jardín, su vivienda independiente, el Metro de Vallecas
cuatro pasos. ¡Madrid que se transforma! ¡Abajo las casas
e vecindad con patios *infeztos* y cuchitriles sin ventilación!
América del Norte, que viene nadando pa Europa! ¡Y yo en-
antao, porque soy muy cosmopolita!
COLLARITOS.—No viaja, pero es muy cosmopolita.

EDUARDO.—Lo que más me entusiasma es esta independenci

ROGACIANO.—¡Ni vecinos arriba ni portera abajo! ¡Y de pı cio, una ganguíbilis! Diez machacantes mensuales, y al cal de veinticinco años, el hotel pa tí, digo, pa mí. ¡Madrid qı progresa! ¡Eso de que un obrero se pueda poner en las tarj tas de visita Fulano de Tal, propietario, es un adelanto mı grande!

EDUARDO.—¡Si encontrásemos uno como éste pa nosotrc Carola!

CAROLA.—¿Tiene muchas habitaciones?

COLLARITOS.—Cuatro, la cocina y el cuarto de baño.

ROGACIANO.—¡Toas con primeras luces! ¡Aquí le sopla a ı ted el viento Sur por los cuatro costaos! ¡Y tiene usted comodidad del baño, por si un día se le ofrece lavarse! ¡M drid se transforma a pasos agigantaos!

COLLARITOS.—¿Quieren ver el interior?

CAROLA.—¡Con mucho gusto! *(Se levantan los cuatro.)*

EDUARDO.—El propietario de too esto, ¿quién es?

ROGACIANO.—Una sociedad anónima que se llama "Cada uı en su casa." ¡Y ya lo estás viendo! ¡Ca uno estamos en nue tra casa!

COLLARITOS.—Ustedes también se hallan en la suya. ¡Pase pasen adelante!... Este es el comedor.

CAROLA.—¡Qué lindo y qué alegre!

EDUARDO.—¡Aquí se comen unas patatas y parecen marron glacés!

(Han ido entrando CAROLA, COLLARITOS *y* EDUARDO. ROGACI NO *llega hasta la puerta, y cuando han desaparecido los otr personajes vuelve al centro de la escena.)*

ROGACIANO.—¿Qué habrá sido de la Regina? ¡Vaya gachí] de la locura! ¡La verdadera locura! *(Acercándose a la ver de la izquierda y metiendo la cara por entre dos barrotes.* ¡Señor Perico!... ¡Señor Perico!... *(Llega* DOLORES CAPILLA *p la derecha del foro.)*

DOLORES.—*(Entrando.)* ¿Está usté echándole de comé a la fieras?

ROGACIANO.—¿Eh? ¡Ah! Buenas tardes, señora Dolores. ¿H visto usted a su hijo?

DOLORES.—Sí, señó. Ahí se ha quedado con Milagriyos, e un banco de la glorieta. Pero yo, como no sirvo pa carabin he preferío haserles a ustedes la visita.

ROGACIANO.—¡Muy reconocido, señora Dolores!...

DOLORES.—¡Señora Dolores! ¡Cuarquiera que le oiga se fig rará que soy der tiempo de doña Mariquita, la der chocolat *(Insinuante.)* Estoy madura, pero no *podría.*

ROGACIANO.—¡Pocha y *mantecocha!*

DOLORES.—¡Rogasiano, por Dió, que se trata de una viuda! ›lores Cápiya, viuda de San Juan.

ROGACIANO.—¡En esa capilla tengo yo que hacer un voto! Y ntitos los dos, un viaje en *aroplano.*

DOLORES.—¡Mucho que me gusta volá! ¡Me pirro por los odernismos!

ROGACIANO.—¡Y menda!

DOLORES.—¡Cá día me es usté más simpático! ¡A vé cuándo ›lamos!

ROGACIANO.—¡Avioneta!

DOLORES.—¡Gorrión!

ROGACIANO.—¿Le agradan a usted los voladores?

DOLORES.—¡Prefiero los calamares!

ROGACIANO.—¡Porque tienen la sangre negra, como usted, ıe es una perversa! Sabe que me disloca ese cuerpecito pla-.noso y lo oculta con los restos de la piel de una pantera.

DOLORES.—*(Dejando caer un poco el abrigo por los hom-·os y guiñando maliciosamente.)* Es que hase mucho fresco...

ROGACIANO.—¡No me guiñe, que me molesta estar a media ız!

DOLORES.—¡Rogasiano, por la memoria de mi marío! ¡Que yo ɔ le farto a mi difunto ni con un mar pensamiento! ¡San ıan era un cabayero, un biscocho, un santo...

ROGACIANO.—¡San Juan!

DOLORES.—¡Pero *rerto* y enérgico como un coroné de los ale-ıanes! Siempre estaba asín: con er dedo tieso.

ROGACIANO.—¡San Juan, señora! Y una vez fallecido, ¿no ha ensao usted nunca que es una viuda capaz de hacer dichoso un casao?

DOLORES.—¡Que nos estamos metiendo en harina!

ROGACIANO.—¡Yo estoy ya frito! ¡Me achicharran esos ojos etrecheros, que se han traído por Madrid too el sol andaluz!

DOLORES.—¡Pero qué labia y qué *aliquindoy* posee usté, Gu-ierre!

ROGACIANO.—¡Llámeme Rogacianito!

DOLORES.—¡Ja, ja! ¡Er demonio der chiquiyo, que tiene más rasia que una murga gaditana!

ROGACIANO.—¿Verdad que va usted a quererme un poquito?

DOLORES.—¡Por San Juan, Rogasiano!...

ROGACIANO.—¡Por San José, que es más pronto! ¿Verdad ue *chí*, que *chí?*

DOLORES.—¡Ja, ja, ja! ¡No ponga usté esa cara de niño con ;achitas, que dan ganas de meserlo y de comprarle un sona-ero!

ROGACIANO.—¡Chacha! ¿Verdad que *chí?*

DOLORES.—¡Ja, ja, ja! *(Imitándole.)* *¡Chí, chí!* ¡Ja, ja! ¡P resemos dos angelitos! ¡Ahora sí que podíamos volá!

ROGACIANO.—¡Despliegue usted las alas!... ¡Que abra uste los brazos!

DOLORES.—¿Y San Juan?

ROGACIANO.—¡En el cielo! ¿Vamos a buscarle? *(Se abraza Dolores.)*

DOLORES.—¡Pero Gutiérre!

ROGACIANO.—¡Quieta, que voy a rizar el rizo! *(Sale* COLL BITOS *por la puerta de la izquierda sin ser vista por los otr personajes.)*

COLLARITOS.—Oye, Rogacianín... *(Al encontrarse con la p reja.)* ¡Ay, mi abuela!

DOLORES.—(¡Su agüela!)

ROGACIANO.—(¡Incendio del motor!)

COLLARITOS.—*(Yéndose para Dolores como una fiera.)* ¡L muerdo!

ROGACIANO.—*(Conteniéndola.)* ¡Aterrizaje forzoso!

COLLARITOS.—¿Tan mal estás en tu casa que has ido a ll mar al asilo de ancianos?

DOLORES.—¡Huy, qué insurto! ¡Qué dirán en Sanluca!

COLLARITOS.—¡En Sanlúcar, aquí y en España entera, dice que es usted una vieja ridícula más fresca que una lechuga!

DOLORES.—¿Una lechuga yo?

COLLARITOS.—¡Lárguese o la aliño!

ROGACIANO.—¡Pero, chica, si es que me dijo que padece pa pitaciones, y pa convencerme...!

COLLARITOS.—¡Tú, a callar y hacer los honores a esos ami gos! ¡Y usted, al paseo de los Melancólicos!

DOLORES.—¡Er puntapié, como a un perro con *tirisia!*

COLLARITOS.—¡Coqueteando con un hombre casao! ¡Y casa conmigo! ¿Se entera? ¡Conmigo! ¡Fíjese cómo le beso! ¡Tom condenao! *(Besa a Rogaciano.)*

ROGACIANO.—(¡Recogida de los restos del piloto!)

COLLARITOS.—¡Le beso *(besándole otra vez)* porque pued hacerlo delante de la gente! ¡Toma, ingrato, que lo mismo t gustan las jóvenes que los loros! ¡Y me lo llevo del bracet que pa eso me lo entregó el señor cura, pa mí!

ROGACIANO.—(¡Acaparadora!)

COLLARITOS.—¡A la calle! ¡Afuera! ¡Y no grito más porqu hay visita! ¡Afuera!... ¡Adentro!

ROGACIANO.—¡No me chilles, que soy el cabeza de familia!

COLLARITOS.—¡Rogaciano!

ROGACIANO.—¡Qúe no me grites! ¡Adentro! ¡Vivita!

COLLARITOS.—Lo que tú dispongas. *(Vase por la izquierda.)*

ROGACIANO.—¡Soy el amo! ¡Hasta luego, capilla gótica! *(Vase tras Collaritos.)*

DOLORES.—¡Dispénsame, San Juan! ¡El hombre es fuego y la mujé estopa!... ¡Qué debi soy, qué debi! ¡Dejarme insurtá como a una mala hembra! *(Aparece, por la izquierda del foro,* LA MILAGROS *y* MANOLO.)

MILAGROS.—¡Has podido ahorrarte la caminata y permanecer de tertulia en la cervecería, si tanto te aburres a mi lao!

MANOLO.—¡No es eso, Milagros! Es que... *(Y entran los dos en el jardín. Dolores, al ver a Manolo, se echa en sus brazos, llorando como una Magdalena.)*

DOLORES.—¡Ay, Rodrigo de Samora!...

MANOLO.—¡Mamaíta!

MILAGROS.—¡Señora Dolores! ¿Qué tiene usted?

DOLORES.—¡Que me han echaó a la caye como a una criá sisona!

MANOLO.—¿A usted? ¿Y quién ha sido el valiente? ¿Quién se ha atrevido?

DOLORES.—¡La hermana de ésta!

MILAGROS.—¡Baldomera es una estúpida!

MANOLO.—¡No lo consiento! ¡Ahora mismo le dará explicaciones delante de mí! ¡Venga usted!

DOLORES.—¿Poné yo los pié ahí dentro? ¡Antes amortajá! ¡Ese edifisio se ha derrumbao pa Dolores Capiya! ¡A la caye!

MANOLO.—¡Y yo con usted!

MILAGROS.—¡Manolo!

DOLORES.—¡Tú te quedas a la vera de tu novia, porque la pobresita vive en esta casa de prestado y no tiene curpa de nada!

MILAGROS.—¡Ya usted sabe lo que aguanto a mis hermanos! ¿Y qué voy a hacer?

DOLORES.—¡Yévatela pronto, Rodrigo, pa que no se contagie de la poca lacha! ¡A mi piso!...

MILAGROS.—¡Qué gusto!

DOLORES.—¡A mi palomá! ¡Con su suegra, que va a sé pa eya una madre! ¡No la dejes en este infierno! ¡Huy, que me chamusco! ¡Hasta luego, rosas de pasión!

MANOLO.—¡No tolero que se marche usted ofendida!...

DOLORES.—¡Si voy tan contenta! ¿Tengo pa er "Metro"? ¡Sí! ¡Que te la yeves, Rodrigo! ¡Hay que vé cómo sargo! ¡Con er tupé a la artura de los balcones! ¡Con la arrogansia que iba a cabayo er Gran Capitán! *(Y, efectivamente, sale digna y altiva por el foro, desapareciendo por la derecha.)*

MANOLO.—¡No estoy dispuesto a resistir ni un día más las

genialidades y las groserías de la Collaritos! ¡Le ha faltao al respeto a mi madre! ¡A mi madre, Milagros! Y antes, el imbécil de Rogaciano me insultó descaradamente. Yo soporté el insulto porque me acordé de ti; pero esto de ahora...

MILAGROS.—¿Y cómo he de impedirlo, si vivo de la caridad de mi cuñao? ¡Mi suerte perra! Too puede tener arreglo, si lo decides en unas horas. Ya has oído a tu madre. Nos brinda su casa, que es la tuya. Llévame a ella, acercándonos antes a la iglesia.

MANOLO.—¡Claro, sí! Pero...

MILAGROS.—Te advierto que yo no me conformo a que me recojan por lástima. ¡Soy muy joven todavía pa resultar un estorbo en ninguna parte! La única solución, pa que yo me halle tranquila y en mi sitio, es casarnos. ¡La semana próxima se cierran las velaciones!

MANOLO.—Precisamente pensaba yo hablarte hoy de unos proyectos...

MILAGROS.—¿Qué pasa?

MANOLO.—¡No te alarmes! Se trata de mi carrera, de mi porvenir, chiquilla.

MILAGROS.—Cuéntame.

MANOLO.—Ya sabes que el *cine* está todavía en España en la lactancia, como aquel que dice. Ni se nos paga bien a los artistas ni hay horizontes para vivir con la esperanza de un mañana espléndido. En cambio en Norteamérica, en Los Angeles, cualquier medianía fotogénica se abre camino y cobra los dólares por derecho.

MILAGROS.—¿Dan buenos sueldos?

MANOLO.—¡Formidables! Valiendo para el arte, como es natural. Excuso decirte que me hago millonario y célebre en el mundo si me decido a cruzar el charco.

MILAGROS.—¡Pues a cruzarle!

MANOLO.—¿Te parece bien?

MILAGROS.—¡A tu lao, cualquier cosa me parece superior!

MANOLO.—Es que ahora, por de pronto, he pensao ir yo solo.

MILAGROS.—¿Solo?

MANOLO.—¿Cómo me aventuro a llevarte, si marcho en unas condiciones muy medianas? ¡El caminito de espinas que todos tenemos que cruzar! A lo mejor, fracaso, y somos dos a pasar fatigas.

MILAGROS.—¿Y qué importan las fatigas, ni la miseria, ni la misma muerte, cuando se quiere chipén? ¡Llévame contigo, Manolo!

MANOLO.—¡No me atrevo, nenita! Me asusta el hambre, si tuviese que compartirla con otra persona.

MILAGROS.—¡Pues no te vayas!

MANOLO.—He firmado el contrato anoche, a última hora, y e recibido el anticipo para el viaje.

MILAGROS.—¡No te marches! Un contrato se puede romper.

MANOLO.—¿Truncando mi carrera? Ya te he contao varias eces mis sueños, mis ambiciones y ansias de gloria. En Amé-ica, y con esta figura, el amo.

MILAGROS.—¿Y mi vida, Manuel? ¿Es que no valen mi cariño mi honra más que tu porvenir y tus ambiciones? ¿Me dejas erdida en mitad de la calle, después de haberte dao mi cuer-o, ¡este cuerpo que yo guardaba como un tesoro!, sin pen-ar que algún día pudieras despreciarlo soñando con tu gloria?

MANOLO.—¿Quién ha hablao de abandonarte? Se trata de n viaje de dos o tres años...

MILAGROS.—¡Tres años en América y con otras mujeres!

MANOLO.—¡Lo que me importan a mí las americanas! Cuan-lo regrese triunfador, vengo en tu busca...

MILAGROS.—¡Será tarde! ¡O ahora o nunca! ¡Llévame con-igo!

MANOLO.—¡Los días corren a escape, Milagros! ¡Ya verás ómo vuelvo hecho una estrella!

MILAGROS.—¡De aquí a entonces, habré yo mirao tantas ioches pa las del cielo! ¡Qué cobarde eres! ¡Y de un hombre an miserable como tú, he sido yo, que me creía la dueña del nundo! ¡Bien merecido tengo el castigo por haberme fiao de as palabras falsas de un canalla! ¡Vete! ¡No quiero verte nás! ¡Lucha tú solo, ya que pa ti mi cariño es una carga! Triunfa! ¡Pero yo también voy a triunfar y a conseguir rillantes y billetes como los que tú ambicionas! ¡Si algún lía nos encontramos por el mundo, veremos quién ha llegao nás alto! *(Y entra en el hotel, temblando de ira y sin aso-nar una lágrima a sus ojos.)*

MANOLO.—*(Pausa breve.)* ¡Liquidao el asunto! ¡Y que era in trago!... ¡A Los Angeles con ella! ¡Qué graciosa! ¡Con las estupendísimas señoras que dicen que hay allí!... Quien se a a llevar un disgusto enorme es mi madre; pero cuando yo e diga que es por el bien de su niño, se conformará. No ve oor más ojos que los míos... ¡Bueno, Manolo, aquí no hay a naíta que hacer! *(Salen, por el último término de la iz-quierda,* CAROLA *y* COLLARITOS.*)*

CAROLA.—¡Parece una casita de muñecas!

MANOLO.—*(Que al dirigirse al foro, se encuentra con Caro-la.)* ¡Carola!

CAROLA.—*(Con sencilla naturalidad.)* ¿Cómo estás, Manuel?

COLLARITOS.—¿Se conocen ustedes?

CAROLA.—¿Qué tal te ha ido por América?

COLLARITOS.—¿Por América? ¿Tú has estado en América?

MANOLO.—Pensé marcharme este verano pasao; pero luego no pude arreglar el viaje a mi gusto y...

CAROLA.—¿Te dió miedo el mar?

MANOLO.—¡Mala pata que tengo desde que nací! ¡Buenas tardes!

CAROLA.—Aguarda un instante, que necesito decirte una cosa.

MANOLO.—¿Achares retrospectivos?

CAROLA.—Ahí dentro está un hombre digno y muy hombre, que me quiere y no es capaz de un pensamiento malo. ¡Ese hombre va a casarse conmigo! ¡Ya ves si he de agradecerte que tú me dejases por otra aquella tarde de junio que estuvimos en la plaza de Santa Cruz! ¿Te acuerdas?

MANOLO.—¿A qué viene todo eso? Me quisiste, me olvidaste...

CAROLA.—¡Y tanto que te he olvidao! ¡A los pillos como tú!...

COLLARITOS.—(¡Aguanta!)

CAROLA.—¡Se les quiere y se les olvida con mucha facilidad! ¡Si hubieses conseguido lo que pretendías, para luego volver cobardemente la espalda y ahí te quedas, niña, que el palomo ladrón va en busca de otra inocente paloma, quizá te recordase con odio mientras viviera! Pero como supe ser fuerte y resistirme a tus deseos...

COLLARITOS.—¡Manolo!

CAROLA.—¡No te guardo rencor! Si me hubiera fiao de tus palabras, a estas horas, ¿qué sería de mí? ¡No me miraría Eduardo a la cara! ¡Y me mira con orgullo!

MANOLO.—¡Que seas muy dichosa!

CAROLA.—¡Ya lo soy! Por eso deseaba encontrarte, para darte las gracias.

COLLARITOS.—¡Finas que somos las madrileñas!

MANOLO.—¡Está bien! ¡Adiós, Collaritos!

COLLARITOS.—¡Adiós, castigador! *(Vase Manolo a la calle. Mutis por la derecha del foro.)* ¿De forma que el pollo...?

CAROLA.—¡Un bicho de cuidao!

COLLARITOS.—Pues le habla a mi hermana.

CAROLA.—Aconséjele usted que se guarde de él. ¡Es un tipo muy peligroso!... Uno de esos hombres que no saben más que engañar a las mujeres y perderlas. Y luego, cuando se ha llevao la honra de la desgraciada que cayó en sus brazos, finge un viaje a América... ¡y a engañar a otra!

COLLARITOS.—¡A mi hermana, no! ¡Estoy yo aquí *pa* entorpecer sus malas acciones!

CAROLA.—Como tiene buena figura y es guapo...

OLLARITOS.—¡Aunque sea el bello Narciso! *¡Charranás,* con sangre y con mi casta, ni él ni cien que valgan más que él!
egan por el último término de la izquierda, EDUARDO y RO-IANO.)
DUARDO.—¡Colosal, chico!
AROLA.—¡Calle usted, por Dios, que llegan!
DUARDO.—¡Y el cuarto de baño es de un sibaritismo!...
OGACIANO.—¡Como que hasta corre el agua dos veces en ana!
DUARDO.—¡Collaritos, es usted la dueña de un palacio!
OLLARITOS.—No se lo ofrezco porque entonces tendríamos mudarnos nosotros a un alambre del telégrafo y vivir como golondrinas...
OGACIANO.—¡Y como los gorriones!
DUARDO.—¿Qué, nos vamos, Carola?
AROLA.—Cuando tú dispongas.
OGACIANO.—¿Se marchan ustedes ya?
DUARDO.—¡A la señorita le gusta ir al teatro y hay que ovechar los dominguitos! Hemos sacao entradas *pa* la ina.
OLLARITOS.—¿Qué función echan?
OGACIANO.—"¿Quién te quiere a ti?"
OLLARITOS.—¡Tú!
OGACIANO.—*¡Amos,* anda, si es el título!
OLLARITOS.—¡Me he columpiao!
OGACIANO.—¡Pues, que ustedes la gocen!
AROLA.—¡Tanto gusto!
OLLARITOS.—¡El gusto ha sido nuestro! ¡Ya saben en dónde ien unos buenos amigos y una casa!...
DUARDO.—¡Ojalá!
OLLARITOS.—¡Que vuelvan ustedes por aquí!
DUARDO.—¡Adiós, tipo taxi!
OGACIANO.—¡Adiós, tipo rosca!
AROLA.—¡Hasta la vista!
OGACIANO.—¡Adiós! *(Con una reverencia cómica.)* ¡A sus s! ¡Beso a usted la diestra y la siniestra! *(Vanse Carola y uardo por el foro derecha.)*
OLLARITOS.—*(En la puerta del foro.)* ¡Adiós!
OGACIANO.—¡Es muy simpática esta pareja!
OLLARITOS.—¡Se quieren y, como *toas* las parejas que se an mutuamente, rebosan felicidad y simpatía! ¡Ay! *(Yendo a puerta de la izquierda.)* ¡Milagros!
OGACIANO.—*¿Pa* qué la llamas?
OLLARITOS.—¡Milagros! *(Sale la Milagros por la izquierda.)*
IILAGROS.—¿Qué se te ofrece?

COLLARITOS.—¡Ven; haz el favor! Aquí ha estao de vis una tal Carola Medina, que dice que ha sido novia de Manu

ROGACIANO.—¡Acabáramos! ¡De eso la conocía yo!

COLLARITOS.—¡Y me ha narrao muchos detalles de la v de ese mozo! ¡Manolo es un fresco!

MILAGROS.—¡Un infame!

COLLARITOS.—¿No le defiendes?

MILAGROS.—¡Ha muerto *pa* mí!

COLLARITOS.—¿Qué dices?

MILAGROS.—¡Que hemos terminao las relaciones esta mis tarde! ¡Vaya bendito de Dios! ¡Se larga a América!

COLLARITOS.—¿A América?

ROGACIANO.—¡Intentará la travesía del Atlántico en avió ¡Le veo tripulando el Espíritu de San Isidro!

COLLARITOS.—Ese viaje se lo ha inventao también a ot *pa* dejarlas, después de reírse de ellas. ¡Mírame!

MILAGROS.—¡Suelta!

COLLARITOS.—¡Que me mires, releñe! Nuestra madre fué m *honrá;* yo también lo soy. ¡Dime tú lo que eres, si no trat de matarme de vergüenza, hermana!

MILAGROS.—¿Con qué derecho me pides cuenta de mis pasc ¡Soy libre, sin que nadie sujete mi voluntad y mi caprich ¡He hecho siempre el gusto mío y mando y mandaré en cuerpo y en mis sentidos!

COLLARITOS.—¿Entonces..., Manolo...?

MILAGROS.—¡Manolo se fué *pa* siempre! ¡Lo que se llevó, se lo di, sin importarme *ná* del mundo!

COLLARITOS.—¡Calla!

ROGACIANO.—¡Bandido! ¡Ladrón! *¡Pa* los canallas como é son las mujeres tan hermosas como tú!

COLLARITOS.—¿Y has consentido que se marche sin arra carle el corazón y las entrañas?

MILAGROS.—¡Valgo yo mucho *pa* suplicarle a nadie! ¿Ir trás de quien me desprecia, implorando una limosna de riño? ¡Ni un minuto! ¡Estuve ciega, Collaritos; pero ya me ha caído la venda de los ojos!

ROGACIANO.—¡A buena hora!

MILAGROS.—¡No es el único hombre que hay en la tierra! ¡Q se vaya! ¡Que no le vea más! ¡Me engañaría con otra, y saberlo, quizá le perdonase por pillo! ¡Me deja porque se bastiao de mí y ni siquiera lloro!

ROGACIANO.—¡Eres la Agustina de Aragón de Vallecas!

MILAGROS.—¡Soy guapa! ¿Voy a apurarme por un homb más o menos?

OLLARITOS.—¡Es que tú no puedes ser ya *pa* ninguno lo que sido *pa* Manolo!

ILAGROS.—¡Hay muchas maneras de vivir! *(Y vase por la rta de la izquierda.)*

OLLARITOS.—¡Milagros!... ¡Hermanita!...

OGACIANO.—*(Deteniendo a Collaritos.)* ¡Déjala!

OLLARITOS.—¡Qué infamia y qué vergüenza, Roga! *(Se sien- llorando, en el banco.)* ¡Andaremos en bocas del barrio ero!

OGACIANO.—¿Es nuestra la culpa acaso? *(Se sienta al lado ella y quedan los dos en idénticas posturas a las que adop- on al final del acto primero.)* ¡No llores tú, que me disgusta te llorar!

OLLARITOS.—¡Gracias, maridito mío!... ¡Hoy que estaba yo alegre!

OGACIANO.—¿Por qué?

OLLARITOS.—¿Te lo digo?... Porque creo que dentro de algún npo, allá *pa*... ¡Aguarda! *(Contando con los dedos.)* Marzo, il, mayo... ¡Cuándo pasen cerca de nueve meses!...

OGACIANO.—¡Collaritos!

OLLARITOS.—¡Tendremos un hijo! ¡Un hijo nuestro! ¡Tuyo aío!

OGACIANO.—¡Pues, apañao va a estar!

OLLARITOS.—!Rogaciano!

OGACIANO.—¡Cómo saque mi cara, será un coco; y si se ece a ti..., ya estará listo!

OLLARITOS.—¡Una víctima!

OGACIANO.—¡Y además tonto, por ser hijo de primos her- nos! *¡Amos,* anda!

OLLARITOS.—¡Qué dolor! *¡Toos* los matrimonios se ponen y contentos cuando saben que van a ser padres, y en cam- , nosotros!... ¿Y si por un milagro?...

OGACIANO.—¡Ya no hay milagros!

OLLARITOS.—Entonces... ¿será feo sin remedio?

OGACIANO.—¡Cómo tú y cómo yo! ¡Tiene a quien salir!

OLLARITOS.—¡Pero le querremos mucho!

OGACIANO.—¡Claro!

OLLARITOS.—¡Y a fuerza de quererle, nos parecerá bonito, *tóos* los padres encuentran guapos a sus hijos!

OGACIANO.—¡Y le mimaremos como a un rey, por desven- ao!

OLLARITOS.—¡Yo le dormiré contra mi pecho!

OGACIANO.—¡Pero que no vaya a ser uno de esos niños de ite de hígado de bacalao, que viven pegaditos a las faldas la mamá!

COLLARITOS.—¿Ya piensas en arrebatármele?

ROGACIANO.—*¡Pa* hacerle un hombre!

COLLARITOS.—¡Cuándo llegue a hombre, le casaremos con princesa! ¡Será rubio! ¡Y con los ojos negros!

ROGACIANO.—¡Hijo mío!

COLLARITOS.—¡Tuyo, sí! ¡Un hijo tuyo, Rogaciano; porque eres mi sangre y mi corazón y mi alma! ¿Verdad que ah vas a quererme una pizquita? *(Imitando a Rogaciano, en truco.)* ¿Verdad que *chí*, que *chí*, que *chí?*

ROGACIANO.—¡Collaritos!

COLLARITOS.—¡A mí con trucos!

ROGACIANO.—¡Qué buena eres! ¡Una santa!

COLLARITOS.—*(Por los mechones de pelo que le caen otra a Rogaciano sobre su frente.)* ¡Arréglate ese cabello! ¡A ¡Huy, qué desastrao! *(Se abraza a Rogaciano y se lo co materialmente a besos.)* ¡Feo! ¡Feo! ¡Más que feo! ¡Birria *(Con un beso de pasión, que duraría eternamente, si Collari mandase en su vida.)* ¿Quién te quiere a ti?

TELON

FIN DEL ACTO SEGUNDO



Han pasado cuatro años desde el día en que dejamos a *Collaritos* y a *Rogaciano* en el "jardín" de su casa, ilusionados con la dicha de ser padres.

ESCENA PRIMERA

En el Retiro, en un banco del *Parterre*, se hallan sentadas, una mañana del mes de enero, dos señoras, madre e hija, de porte distinguido. Con ellas está *Ramirito*, niño de ocho a nueve años, flaco, nervioso y nada agraciado.

La señora de más edad, que es abuela de Ramirito, se entretiene en mirar las fotografas de un periódico titulado "Mundo, mundillo", de formato parecido al de "A B C"; la joven, madre del niño, hace labor de punto de lana y el nene, travieso, como todas las criaturas, corre y brinca dando puntapiés a un balón.

La abuela halla en el periódico algún artículo o noticia, que parece interesarle, y se enfrasca en la lectura. Al cabo de unos minutos, pregunta a su hija:

—¿Te has enterado del concurso infantil de belleza que abre "Mundo, mundillo"?

—No, mamá—le responde la hija.

—Pues escucha, porque es muy interesante.

Y lee en voz alta:

"Concurso infantil de belleza. "Mundo, mundillo" abre un concurso infantil de belleza entre niños de ambos sexos y de dos a diez años de edad, con arreglo a las siguientes bases:

Primera. Toda persona que desee enviar un retrato de niño o niña de su familia, para que figure en este concurso, puede remitirlo a nuestra redaccción, Avenida de Paulino Uzcudun, 1.086, primero H, letra S, dentro del plazo que señala a base quinta.

Segunda. Se establecerán tres premios. El primero, consistirá en una cartilla de la Caja Postal de Ahorro... (Y se supone que la abuela sigue leyendo hasta llegar a la designación del Jurado.)

Tercera. El Jurado que habrá de examinar todas las fotografías que se reciban, eligiendo entre ellas las tres que a su juicio sean merecedoras de los premios que se establecen en la base segunda, estará compuesto por las eminentes y popularísimas actrices Loreto Prado, Irene Alba, Aurora Redondo, Eloisa Muro y Angelina Vilar,"

—¡Está muy bien! ¡Los papás que van a soñar con los premios!—comenta la hija, sonriente.

—¿Por qué no mandamos un retrato de Ramirito? Tiene nueve años y es una monada. Seguramente que le dan, por lo menos, una mención honorífica—exclama ilusionada la abuela—, y como yo conozco a la Loreto y a la Alba, les podría decir que se fijasen en mi nieto.

—¡Huy, mamá! ¡Se presentarán muchísimos!

Y quedan las dos pensativas, soñando ya con el triunfo del niño, al que ven adornado con una banda de raso sobre su pecho, una corona de laurel en sus hombros y un cartel, que sostiene Ramirito en sus manos, y que dice en letras muy claras: "Primer premio."

Siguen soñando con el premio madre e hija y se esfuman las figuras, apareciendo en la pantalla una hoja de almanaque con la fecha del 20 de marzo.

ESCENA SEGUNDA

EL FALLO DEL JURADO

Un buen día, precisamente el 20 de marzo, marcha por la calle de Toledo, con dirección a su taller, nuestro antiguo conocido Eduardo del Pino "El Broncista". Al pasar frente al puesto de periódicos de "El Begoña", se detiene a comprar *La Libertad*, y queda gratamente sorprendido al ver en la portada de *Mundo, mundillo* el retrato de la niña que ha obtenido el primer premio en el concurso infantil de belleza que abrió dicho periódico. Eduardo lo contempla con alegría. El primer premio ha sido otorgado a una hija de Baldomera y Rogaciano.

Eduardo, después de recrearse un buen rato con la belleza de la chiquilla, abre el periódico, y cuál no será su asombro al encontrarse en la primera página con el retrato de boda de los señores de Gutiérrez.

"El Broncista" al verlos, exclama burlón:

—¡Mi madre! ¡Si están pa comérseles! ¡Rogaciano pa jamársele con hongo y *too*, y la Collaritos es la del crimen de anoche! ¡*Amos*, que si les dicen a éstos que iban a salir en el *Mundo, mundillo* en traje de *bodorrio!*... ¡Ay, mundo, mundillo!

Eduardo se ríe y comenta para sí:

—¡Bueno, cuando mi señora les vea se troncha! ¡Ni *carcajá* ni *ná* que va a soltar la parienta! ¡Y que va a ser ahora mismo!

obla cuidadosamente el periódico, se lo guarda en un bolo de la americana y se encamina con paso ligero calle de edo adelante.

ESCENA TERCERA

arola, dueña y señora de la casita humilde, pero limpia, soñaba Eduardo, se halla en traje de faena, con una escoba la mano, barriendo el comedor de su cuarto de catorce du. Está trajinando de un lado para otro y suena la campaa de la puerta.

-¿Quién será?—se pregunta extrañada—. Ya han venido el adero y el lechero.

para salir de dudas va a abrir la puerta, volviendo a poco uida de Eduardo, que le muestra el *Mundo, mundillo* de el día, y le dice:

-¿A que no sabes quién se ha llevao el primer premio entre los niños más bonitos de España?... ¡La chica de Rogaio!

-¿La Bienvenida?—pregunta Carola.

-¡Fíjate!—y le entrega el periódico.

-¡Qué rica!

-¡Y ahora móndate de risa! ¡Yo me he tirao al suelo!

duardo vuelve la portada para que su señora vea el retrato matrimonio.

-¡Los papás de la *interfezta!*

-¡Qué salaos!—comenta Carola.

-¡Y tan salaos! ¡Como que son dos cachos de mojama!

-¡Pobrecillos! ¡Estarán muy contentos!

-¡Tú verás! ¡Pero es que hay cosas!... ¡A cualquiera que se liga que estas birrias son los padres de semejante hermosuno lo cree!

arola contempla otra vez el retrato de la niña y dice:

-Hemos de ir a felicitar a nuestros amigos.

-¡Esta misma tarde!

-Compra algún juguete *pa* obsequiar a la criaturita.

duardo consulta su reloj de bolsillo y añade:

-Bueno, hasta lueguito, que yo no he venido más que a te el notición y a traerte el periódico. El taller me aguarda. acordaremos luego, en la sobremesa del *piri,* eso del prete *pa* la chica. ¿Y a mí, no me regalas *ná?*

-¡Un escobazo!—amenazándole cómicamente con la escoba.

duardo hace una caricia a su mujer y sale del comedor. ola va al balcón, lo abre y se asoma a la calle. A poco apa-

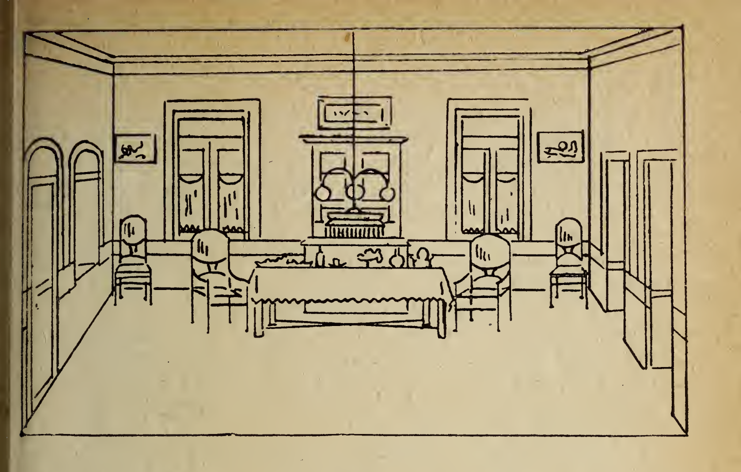


rece en el portal de la casa Eduardo, que cruza a la otra ac
mira para el balcón, sonríe, y Carola le dice adiós con
mano. El se dirige calle arriba, perdiéndose por la prim
bocacalle.

Aparece un letrero que dice:

EN CASA DE LOS SEÑORES DE GUTIERREZ

y se termina la película, comenzando seguidamente el a
tercero.



ACTO TERCERO

Una habitación, que hace las veces de comedor, vestíbulo y sala de recibir, en el hotel de Rogaciano. A la derecha del actor, puerta y ventana que dan al jardín y que son las correspondientes a la fachada que veíamos en el acto segundo; en el centro del foro, ventanal cerrado de cristales, al través de los que se distingue parte de la calle y de la verja principal, y a la izquierda, dos puertas: la del primer término comunica con un pasillo que conduce a la alcoba del matrimonio Gutiérrez, y la del segundo término, con la cocina de la casa. El comedor está decorado con la mayor sencillez y modestísimamente amueblado: un aparador, una mesa en el centro de la estancia, un par de mecedoras, sillas, una máquina de coser y un perchero. Aparato de luz, de poco precio, pendiente del techo; algunos cuadritos en las paredes y una cortina de lienzo en el ventanal. El suelo, cubierto por una estera de cordelillo, lujo que se puede permitir Rogaciano por ser esterero de oficio y adquirir más barato el género. En las primeras horas de la tarde de un buen día del mes de marzo. Ya se hace constar en la película que han transcurrido cuatro años desde el acto segundo.

(Al levantarse el telón se hallan en escena COLLARITOS *y* LA TUNANTA, *ambas ocupadas en colocar un mantel blanco sobre la mesa. Después van cogiendo del aparador bandejas con pasteles y tortas, platos con aceitunas y rodajas de salchichón y de chorizo, botellas y panecillos, y los distribuyen con cierta simetría por la mesa. Collaritos está en traje de faena y casi no la conocemos. Ha aumentado unos kilos de peso, tiene unos*

colores magníficos y una cara de satisfacción que da envidia. Los collares y pulseras, completamente olvidados en estos tiempos. La Tunanta, una chica para todo, aparece muy puesta de traje oscuro y delantal blanco con tirantes.)

COLLARITOS.—*(Extendiendo el mantel.)* ¡Tira de esa punta, que cuelga mucho de aquí!... *(La Tunanta hace todo lo contrario de lo que la mandan.)* ¡No, mujer, que agarres de ese otro *lao!* ¡Ay, qué Tunanta ésta! ¡Vas a durar muy poquito en mi casa!

TUNANTA.—¡Que se cree usted eso! ¡Yo no me voy de aquí aunque me den la *patá* de *Charló!*

COLLARITOS.—¡Acércame aquellos dos platos!

TUNANTA.—Y no me largo, no por usted, que usted no se me importa *ná,* sino por cariño a la Bienvenida, que la tomé en mis brazos al nacer y la quiero como si fuera cosa mía. ¡Eso mismo!

COLLARITOS.—¡Las aceitunas!...

TUNANTA.—¡Poco orgullosa que saldré ahora a la calle con su chica de usted, presentándosela a *too* el mundo y diciendo que es más bonita que el universo terrestre que habitamos! El universo es agua, monte, cielo y fuego, ¿verdad, señora Baldomera? *¡Pos* la Bienvenida es más preciosa que *too* eso! ¡Lo asegura su chacha! ¡Y que me llama chacha con una sombra!...

COLLARITOS.—¡Dice mamá con más salero!

TUNANTA.—Lo más salao de *too* lo que parla es ¡no *tero,* no *tero!* ¡Pone unos ojos tan pícaros!... ¿Usted se ha fijao cómo mira a los hombres? ¡Es muy tunanta! ¡Lo mismo que yo!

COLLARITOS.—¡La bandeja de las tortas!

TUNANTA.—¡Qué ricas! ¡A ver si luego me da usted una torta!

COLLARITOS.—¡Voy a dártela ahora mismo!

TUNANTA.—¡Muchas gracias! *(Toma una de la bandeja y empieza a comérsela.)*

COLLARITOS.—¡Pero, Tunanta!

TUNANTA.—¿No hizo usted intención de dármela? *¡Pos* yo la he cogido ya, *pa* que la señora no se moleste!

COLLARITOS.—¡Te veo en tu pueblo, descarada!

TUNANTA.—¡Jajay! Usted me despide y servidora no le hace caso. ¡Le he *tomao* una ley a la Bienvenida!...

COLLARITOS.—¿Quiéres ayudarme y no charlar más?

TUNANTA.—¡Si ya está *too* listo! ¡¡Bueno, esta tarde va a ser la casa talmente un *cabaré!* Vino, pasteles, baile... ¡Hasta una *jazz-banda* me ha dicho don Rogaciano que ha contratao!

COLLARITOS.—*¡Too* nos ha parecido poco *pa* celebrar nuestro

contento! ¿Hay padres que presumen con sus hijos? ¡Pues aquí estamos nosotros *pa* ganarles la delantera!

TUNANTA.—¿Vestimos ya a la chica?

COLLARITOS.—No, déjala que duerma media horita más. Quiero que esté muy despejada y muy satisfecha *pa* cuando vengan los invitaos.

TUNANTA.—¡Ha estao bueno lo del premio! Yo he comprao un "Mundo, mundillo" *pa* clavarle a la cabecera de mi cama...

COLLARITOS.—¡Por Dios! Ya te regalaremos un retrato.

TUNANTA.—¡Eso mismo! Y que don Rogaciano me ponga... *¡pa* mi chacha de mi corazón!

COLLARITOS.—¡Oye, Tunanta, que don Rogaciano no tiene que ponerte a ti ni chacha ni *ná!*

TUNANTA.—El me lo escribe, pero me lo dice por boca de la nena, que no sabe de pluma. *(Dentro, en la derecha del foro, suena la campanilla de la puerta de la calle.)* ¿Verdad usted que yo soy chacha?

COLLARITOS.—¡Que han llamao a la puerta!

TUNANTA.—¡Sí, señora! ¡También yo lo había oído! ¿Serán ya los de la *jazz-banda? (Vase por la puerta de la derecha.)*

COLLARITOS.—¡Jesús, qué cotorra! ¡Me brincan los nervios en cuando la tengo al *lao* diez minutos! Pero la pobrecilla es fiel y cariñosa donde las haya..... Creo que no me falta *ná*... ¡Ah, sí! ¡Las copas! Y al instante a arreglarme un poco, no sea que me pillen los vecinos en esta *toilete* casera. *(Vuelve* LA TUNANTA *por la derecha.)*

TUNANTA.—¡Señora, que está ahí...! ¡Que ahí está...!

COLLARITOS.—¿Quién?

TUNANTA.—¡Su hermana Milagros!

COLLARITOS.—¿Mi hermana?

TUNANTA.—¡Sí, señora! Yo le he dicho que no sabía si podrían recibirla, porque se encuentra usted muy *ocupá*... En el jardín está aguardando la respuesta...

COLLARITOS.—¿Qué desea?

TUNANTA.—¡Ya puede usted suponerlo!... Es su hermana, y en un día como el de hoy... ¿Qué le contesto? ¿Qué le digo, señora Baldomera?

COLLARITOS.—¡Dile que pase!

TUNANTA.—¡Olé! ¡Y que viene más tunanta!... *(Vase otra vez por la derecha.)*

COLLARITOS.—¡Siempre tiene que haber algún dolor que amargue nuestra dicha! *(Entran* LA TUNANTA *y* LA MILAGROS. *Milagros es otra. Su belleza marchita y lo provocativo de su traje y de su peinado dicen bien a las claras cómo y de qué*

vive la infeliz. Y ahora, por ironías de la fatalidad, es ella quien se adorna con pendientes de vidrio y collares y pulseras de bisutería.)

TUNANTA.—¡Pase usted! ¡Pase usted!...

COLLARITOS.—¡Milagros!...

MILAGROS.—¿No me esperabas, Collaritos?

COLLARITOS.—¡No! ¡Así, no!

MILAGROS.—Me he enterao por el periódico de lo de tu chica y vengo a daros un beso a ella y otro a ti. ¡Uno solo y me voy otra vez *pa siempre!*

COLLARITOS.—¡*Pa* siempre te fuiste la noche que escapaste de esta casa, y ya ves cómo has vuelto! ¡Qué pena más grande!... ¡Déjanos solas, Tunanta!

TUNANTA.—¡Sí, señora! A la alcoba me largo, por si despuerta la Bienvenida... ¡Buenas tardes! (¡Anda, toma, por fiarte de los hombres, que son unos tunantes!) *(Y vase por la primera izquierda.)*

COLLARITOS.—Siéntate.

MILAGROS.—¿No me tiras a la calle, como algo que deshonra y avergüenza?

COLLARITOS.—Vienes como vienes—¡tan distinta de lo que eras!—y no quiero ser cruel echándote en cara tu locura.

MILAGROS.—¡Estaba destinada *pa* los granujas! Después de Manolo tropecé con otro más granuja que él. Hay mujeres que se lanzan a la vida y encuentran hombres cabales que las llenan de pieles y de joyas. ¡Yo soñaba con *too* eso, y ya ves lo que la vida me ha *dao!*

COLLARITOS.—¡Qué horror!

MILAGROS.—¡Mi suerte perra! ¡Cuatro años rodando por el mundo! ¡Se conoce que el sino mío era tratar con golfos y canallas hasta venir a parar a esto!

COLLARITOS.—¡Pobre Milagros!

MILAGROS.—Y ahora que soy tan *desventurá* y tú tan dichosa, déjame que te dé un beso muy *apretao*, porque se me figura que si tú me besas es que me perdonas. ¿Te acuerdas de aquella noche que yo escapé de aquí sin importarme tus lágrimas y tus consejos?

COLLARITOS.—¡Las horas que te tuve en el pensamiento!

MILAGROS.—¿Me perdonas? ¡Perdóname y yo te juro que no volverás a saber nunca de la Milagros, porque mi trato no es *pa* esta casa, y no quiero que llores de vergüenza si te llamo hermana! ¡Yo no soy más que Milagros la Horchatera! Una...

COLLARITOS.—¡Calla!

MILAGROS.—¡Una *desgraciá*, que los hombres...!

)LLARITOS.—¡Calla!

ILAGROS.—¿Es que no lo sabes?

OLLARITOS.—¡Pero no me lo digas tú! *(Pausa brevísima.)*

ILAGROS.—¡Has *cambiao* mucho! ¡Estás más gruesa; con s colores de gloria!... ¿Y qué has hecho de los collaritos?

OLLARITOS.—*¡Arrumbaos* los tengo! No me queda tiempo *pa* sar en esas pamplinas.

ILAGROS.—¿Pamplinas? ¡Favorecen la mar, chica!

OLLARITOS.—¡Yo no existo ya más que *pa* mi hija, y *toas* horas del día me parecen pocas *pa* ocuparme de ella!

ILAGROS.—Es muy linda, ¿verdad?

OLLARITOS.—¡Como que se ha *llevao* el primer premio! ¡Dios ha querido compensarme de tantos años de amarguras! ndo sentí latir una vida en mis entrañas le supliqué llo- lo a El: "¡Que no saque la cara de su madre! ¡Que se ra antes que verla sirviendo de burla al mundo entero! e no sufra *too* lo que la Collaritos ha sufrido! Y Dios, que ılgo es Dios, hizo que me naciera una rosa. Desde entonces loca, Milagros; loca por mi hija, que por traer cosas bue- a esta casa, hasta me trajo el cariño de Rogaciano, porque le que ella nació, Roga no suspira más que *pa* nosotras. ella y *pa* mí!

ILAGROS.—*¡Too* lo merecéis!

OLLARITOS.—¡Más bonita es! ¡Ya verás cómo a la Bienve- ı no le dicen que hay que agarrarla por la cadena *pa* que no uba al *tejao!*

ILAGROS.—¡Guárdala de los hombres sin corazón!

OLLARITOS.—¿Pero es que habrá alguno capaz de engañar a hija? ¿Es que mi tesoro puede verse algún día como...?

ILAGROS.—¡Hermana!

OLLARITOS.—¡No, mi hija, no, porque tiene una madre! ¡Una dre, que es capaz de matar al que intente engañarla!... ¡Si venido *pa* que yo no tenga ya más pensamiento que tu exis- cia triste, vete, Milagros; que mis ojos no te vean así!

ILAGROS.—¿Sin darle un beso a tu chiquilla?... ¡Uno *na* s, Baldomera!... ¿Me lo consientes?

OLLARITOS.—Ahí, en nuestra alcoba la tienes... Entra tú ı *pa* que no nos vea juntas y pueda preguntarme quién eres. sabría mentirle! ¡Bésala, pero límpiate antes esos labios *taos*, que vas a manchar su carita inocente!

ILAGROS.—¡Mi beso no será a flor de labios, sino más hon- de los que salen del alma!

OLLARITOS.—¡Anda, bésala... ¡Bésala y márchate *pa* siem- . *(Vase Milagros por la primera izquierda.)* ¡Pobre herma-

mía!... ¡Si supieran los hombres el daño que hacen a v
con una mentira!... Es decir, según y conforme. A la Mila
le mintieron y fué su locura aquella mentira. En cambio a
me engañaron por lástima y soy feliz. ¡El premio está e
hombre! Si el que miente es bueno, su mentira es piad
Si el que engaña es malo, no puede salir de su boca más
una perdición. Por eso a mi hija se la llevará un hombre
no, aunque sea más feo que Picio. ¡Pero bueno, como su pac

(Entra ROGACIANO *por la puerta de la derecha. Viene d calle, con un trajecillo de diario y un gabán muy pasado. la cara, en uno de los carrillos, trae pegado un trozo de tafe y muestra en su frente varios arañazos.)*

ROGACIANO.—¡Hola, Baldomera! ¿Hay tila en casa?

COLLARITOS.—¿Qué te ocurre, Roga?

ROGACIANO.—¡Na, no me ocurre na!

COLLARITOS.—¿Quién te ha arañao?

ROGACIANO.—¡Yo!

COLLARITOS.—¿Te han pegao?

ROGACIANO.—¡Sí! ¡La tila, que estoy muy nervioso!

COLLARITOS.—¡Ay, Dios mío!

ROGACIANO.—¡La tila!

COLLARITOS.—¡Tunantaaa!... ¡Cuéntame qué ha sido!... ¡'
nantaaa!

(Sale LA TUNANTA *por la primera izquierda.)*

TUNANTA.—¿Qué me manda usted?

COLLARITOS.—¡Una taza de tila, pero a escape!

TUNANTA.—¡Sí, señora, eso mismo!

(Y vase por la segunda izquierda.)

COLLARITOS.—¿En dónde te has metido?

ROGACIANO.—¡En un fregao de palos!

COLLARITOS.—¡Jesús me valga!

ROGACIANO.—¡Toma, ahí tienes la contera de mi bastón!
lo único que me dejaron en la mano! Puede que te sirva co
dedal.

COLLARITOS.—¡Pero, explícame!

ROGACIANO.—¡La belleza de la chica! ¡El premio! ¡Las t
mas! ¡Los comentarios! ¡Mi cara! ¡Maldita sea mi cara!

COLLARITOS.—¿Quieres hablar seguido de una vez?

ROGACIANO.—Escucha y no me interrumpas hasta que lle
a la Casa de socorro...

COLLARITOS.—¿Has ido a la Casa de socorro?

ROGACIANO.—¡En manifestación! Diecisiete hemos entrao
lesiones más o menos leves.

COLLARITOS.—¿Por qué?

ROGACIANO.—¡Ponte el auricular! Había yo tomao en Sol un anvía de Delicias, y al llegar a la calle de Sevilla, subieron vehículo y se sentaron frente a mí dos tíos chungones que ;ababan de comprar el *Mundo, mundillo* de hoy. Le dijeron ıas cuantas flores infantiles a la Bienvenida, que yo se las timé en silencio, porque no me gusta presumir, y al volır la hoja de la portada y encontrarse con nuestro retra-, exclamó uno de ellos: "¡Pero este tío qué va a ser el papá semejante monada!" "¡Claro que no!—objeto el otro— \quí ha habido contrabando!"

COLLARITOS.—¡Infames!

ROGACIANO.—Y así veinte comentarios más, a cual menos ılicao pa mis oídos. Hasta que, ya negro, salté y le dije al ıl contrabando: "Le advierto a usted que está procediendo uy a la ligera, porque me consta que ese señor del hongo, ıe está ahí retratado, es el padre legítimo de la niña preiada." "Usted, ¿qué sabe?", replicó él *despetivamente.* "¡Pues aro que lo sé, y de buena tinta!"

COLLARITOS.—¡Bien dicho!

ROGACIANO.—"¡El papá es un servidor de ustedes!", y les ıludé correctamente. "¡*Amos*, ande!", añadió el otro. "¡Pero este boquerón está de hongo y usted viene de gorra!" "¡Yo pagao!", le dije, muy digno. "¡Rogaciano Gutiérrez declaı aquí, delante de *toos* los viajeros que quieran oírle, que chica es suya!" "¡Será de su señora de usted—agregó, hu-.orista, el pollo del contrabando—, que no es lo mismo! ¡A ;te tío se la han dao con queso!" "¡Y a usted, con callos a madrileña!", le respondí, plantándole esta mano, encalleciı por el trabajo, en mitad del rostro...

COLLARITOS.—¡Bravo!

ROGACIANO.—"¡Ay, su padre!", dijo, llevándose una mano al ırrillo. "¡Su padre, sí, señor! ¡El de la chica! ¿Qué pasa?", ıadí yo, acalorao. ¡Qué bofetá! ¡Y cómo sería el tortazo, que paró el tranvía y exclamó el cobrador: "¡Se ha fundido un omo!" ¡Bueno, se armó una *ensalá* de estacazos, que hasta salió el trole y hacía así pa arriba y pa abajo, como diciénıme: "¡Sí, señor, usted es el padre; sí, señor!"

COLLARITOS.—¡Claro que lo eres! ¡Aunque no lo hubiese diıo el trole!

ROGACIANO.—¡Se interrumpió el tránsito rodao, se hicieron ıicos seis cristales y nos apeamos diecisiete con dirección la Casa de socorro! El tranvía siguió calle de Alcalá abajo, ın el cartel de "No admite viajeros", y a mí me calificaron ı la Policlínica de erosiones leves y nerviosismo agudo.

COLLARITOS.—¡Tunanta, la tila!

Tunanta.—*(Dentro.)* ¡Corriendo!

Rogaciano.—¡Ya ves cómo me han dao el día... y unos cuantos garrotazos!

Collaritos.—¿Qué te importa lo que diga la gentuza?

Rogaciano.—¡Mucho! Yo he visto en Pavón un drama, que se titula *El gran galeoto*, y por lo que murmura la gente, se arma allí un belén de órdago. *(Llega* La Tunanta *con una taza de tila.)*

Tunanta.—¡El calmante!

Collaritos.—¡Trae!

Tunanta.—¡Cuidao, que quema! ¿Hago falta?

Collaritos.—No.

Tunanta.—¡Entonces, me voy! *(Y así lo hace, marchándose por la primera izquierda.)*

Collaritos.—Anda, toma la tila, *pa* que sosiegues.

Rogaciano.—¡No sé si podré...! ¡No puedo! ¡Qué día llevo! ¡*Too* son *indireztas*, bromas *pesás* y quebraderos *pa* mi cabeza!

Collaritos.—¿Es que ahora, por la mala intención de algunos envidiosos, vas o ofenderme?

Rogaciano.—¡Me acuuerdo de *El gran galeoto*, y cuando la gente habla!...

Collaritos.—¿Qué Rogaciano? ¿Qué piensas? ¡Dímelo!

Rogaciano.—¡Me han soltao tantas cosas a propósito de la guapura de la nena...!

Collaritos.—¡Lo de nuestra hija ha sido un milagro!

Rogaciano.—¡Déjate de milagros, que yo soy republicano!

Collaritos.—¡La Virgen del Carmen, que me escuchó! ¡No te lo dije nunca porque, como tienes otras ideas, ibas a burlarte de mí.

Rogaciano.—¡Y me burlo!

Collaritos.—¡Hereje! ¡Verás cómo te catequizo cuando lo sepas! Antes de nacer la Bienvenida, me acercaba yo toas las tardes, sin decirte una palabra, a la capilla de las monjas de la Glorieta y me estaba allí horas enteras contemplando con arrobo al Niño Dios que la Virgen del Carmen tiene en sus brazos. "¡Si me naciera un niño como tú, Jesús mío...!"

Rogaciano.—¡Y nació una niña! ¡Ya ves el caso que te hizo!

Collaritos.—"¡Si fuera tan bonito!", le decía yo, mientras rezaba. ¡Y Jesús y la Virgen del Carmen me oyeron!...

Rogaciano.—¡Esto de que un republicano tenga que creer a la trágala en infundios de sacristanes!... ¡Que no, ea! ¡La chica debe parecerse a mí, pa que los amigos no me tiren con bala rasa!

Collaritos.—¡Pues cuéntale el milagro a los amigos!

Rogaciano.—¡Y se oye el pitorreo en Cercedilla!

Collaritos.—¿Por qué? ¿No aseguran las gentes y hasta los ›ros que cuando las mujeres nos hallamos en estao, sacan ego las criaturas toas aquellas cosas que a las madres im- esionaron; que hay una especie de sugestión?

Rogaciano.—¡No te metas en superrealismos, que nos va- os a hacer un lío muy gordo!

Collaritos.—Entonces, allá cada uno con sus creencias. ¡Tú n las tuyas y yo con las mías! ¡Si dudas, peor pa ti! ¡Me ıedaré sola con Bienvenida!

Rogaciano.—¡Nanay!

Collaritos.—¡Hacía falta que tuviésemos una alegría como ta de hoy pa que tú me la enturbiaras con tus celos! ¡Ce- s de Collaritos la fea! ¿Ya no te acuerdas de que me qui- ste por lástima? ¡Hubiera venido a cortejarme el hombre ás hermoso de la tierra y yo no te hubiese ofendido ni con pensamiento! ¡Lo que tú hiciste conmigo, dándome una li- osna de cariño pa que yo supiese cómo eran los besos de ıor, no se paga más que con un querer muy firme y una rtud muy cristiana! ¡Así te pago yo! ¡Virtuosa, no por re- gnación, que hasta con el deseo callao se falta a veces al poso, sino porque te quiero con toa mi alma! ¡Con toa mi ma, Rogaciano! *(Y vase, ocultando las lágrimas que empa- n sus ojos, por la primera puerta de la izquierda.)*

Rogaciano.—¡Y yo también!... ¡Collaritos!... ¡Señor, la cul- es por haber enviao nuestro retrato al periódico! Yo no ería mandarle, porque no estoy favorecido con el hongo y veía de venir el pitorreo; pero Baldomera se emperró por lir en los papeles, y hay que ver la clase de chunga que se ıe la clientela. El que más pierde soy yo, porque dudan de colaboración, a pesar de que firmamos los dos. ¡Claro! ¡La nte ve a la chica, luego nos ve a nosotros, y queda el pa- e en muy mal lugar! *(Suena otra vez la campanilla.)* ¡Y ı salida del milagro y de la sugestión, pa *La Novela Cómi- !* ¡Pues así que no habrá habido señoras en estao intere- nte que hayan suspirao por un automóvil! Yo no he visto *tavía* a ningún chico que *haiga* salido con la marcha atrás! *ale* La Tunanta *por la izquierda.)*

Tunanta.—¿Ha sonao la campana, verdad usted?

Rogaciano.—Creo que sí.

Tunanta.—¡Esos son los de la *jazz-banda! (Vase corriendo r la derecha.)*

Rogaciano.—¿Cómo fué lo que me dijo aquella rubia oxigena e iba en el tranvía castigando al conductor?... ¡Ah, sí! "De dres feos, hijos bonitos." ¡Qué verdad más grande son los franes! *(Entran por la derecha* Carola *y* Eduardo. *Los dos*

vienen alegres y contentos, luciendo sus mejores galas. Ell trae en la mano una muñeca y él un juego de cacerolas.)

EDUARDO.—¡Rogacianete!

CAROLA.—¡Que sea enhorabuena!

EDUARDO.—¡Un abrazo! ¡Pero un abrazo muy apretao, chico *(Y le abraza con todas sus fuerzas.)*

ROGACIANO.—¡Eh, tú, que me desencuadernas!

EDUARDO.—¡Vaya fortuna de progenitores!

CAROLA.—¿Y esa gloria?

ROGACIANO.—Con su madre. Ahora la verán ustedes.

EDUARDO.—Aquí le traemos estas fruslerías.

CAROLA.—Pa que juegue. *(Por la muñeca.)*

EDUARDO.—¡Pa que vaya aprendiendo a guisar unas patata viudas! *(Por las cacerolas.)*

ROGACIANO.—¿Os habéis molestao?

CAROLA.—¡No es molestia! *(Rogaciano coge los regalos.)*

EDUARDO.—¡Deja!

ROGACIANO.—¡Si no es molestia! ¡Ya lo ha dicho tu señora

EDUARDO.—¡Oye, Carolilla, arrepara en que vamos a tene guateque!

ROGACIANO.—¡Un piscalabios¡ ¡Na! Cuatro aceitunas y do botellas de tinto.

EDUARDO.—¿Con sifón?

ROGACIANO.—¡Con devolución del casco!

CAROLA.—La buena voluntad es lo que más se estima e ciertas ocasiones.

ROGACIANO.—Luego habrá unas miajas de bailoteo en ‹ jardín. La Baldomera quería traer un organillo...

EDUARDO.—¡Ele!

ROGACIANO.—Pero ya sabéis que yo soy muy de la post-gu rra, y por acuerdo mío hemos adoptao el *jazz-band* como el mento filarmónico. Vendrán algunos conocidos, participará del ágape, si dejamos algo, y *charlestonearemos.*

EDUARDO.—¡Hasta echar la casa por la *fenetre!* ¡Ya hem visto tu retrato en el periódico!...

ROGACIANO.—*(Cortando la conversación.)* ¿Una aceitunita

EDUARDO.—¡Luego! ¡Yo me he congestionao de risa con l foto!...

ROGACIANO.—¿Una copita?

EDUARDO.—¡Después! La verdad es que muchos, al vero tal vez se piensen...

ROGACIANO.—¿Un pastelito rico?

EDUARDO.—¡Más tarde!

CAROLA.—Acabamos de comer.

EDUARDO.—Como la chica es un sol de bonita y vosotros...

ROGACIANO.—¡Pero si lo de la Bienvenida ha sido un milagro!

CAROLA.—¿Un milagro?

ROGACIANO.—¡Ni más ni mangas! (¡Si me oyeran los correligionarios!)

CAROLA.—¿Pero cómo?

ROGACIANO.—¡Pregunten, pregunten a la Collaritos! ¡Ella o explica como una iluminada!

EDUARDO.—Y tú, ¡estarás negro!

ROGACIANO.—¡Iluminao yo también! ¡Un milagro, señor!

Se asoma PERICO EL POLLO *a la puerta de la derecha. El Pollo igue viviendo en el hotel de al lado, y hoy, en honor a sus ecinos, se ha puesto cuello planchado y corbata de nudo.)*

PERICO.—¿Se puede?

ROGACIANO.—¡Hasta el garaje, señor Perico!

PERICO.—*(Entrando.)* ¡Buenas tardes!... ¿Siguen ustedes ien?

CAROLA.—Muy bien; ¿y usted?

PERICO.—¡Más solo que nunca! ¡Anoche me han robao cino gallinas!

CAROLA.—¡Qué ladrones!

PERICO.—¡Los ladrones, sí, señora! Me han quitao a la Miaela, a la Sole, a la Pepita, a la Cleopatra y a la Agripina.

ROGACIANO.—¿Y le han dejao a la Pompadour?

PERICO.—¡Y a la Federica! También me han dejao a la Garón.

ROGACIANO.—¡Como que le habrán pelao el gallinero!

PERICO.—¿Ya tenemos preparao el *luncho*? ¿Quién lo sirve? Turné o Molinero?

ROGACIANO.—¡La *Mesón* Collaritos! Con el permiso de ustees, voy a adecentarme un poco...

PERICO.—*(Aparte a Rogaciano.)* No se vaya, que necesito ablarle cinco minutos de una cosa harto delicada.

ROGACIANO.—¡Como me miente usted el retratito!

PERICO.—¡De la fotografía, precisamente, se trata! ¡Es algo uy serio!... ¡Que se larguen esos! Espánteles usted, que se stán poniendo moscas.

ROGACIANO.—Yo no sé espantar moscas sin un plumero.

PERICO.—¡Ande, hombre, que me urge!

ROGACIANO.—*(En conversación general.)* ¡Vaya, vaya, vaya!

EDUARDO.—¡Bueno, bueno, bueno!

ROGACIANO.—¡Vaya, vaya, vaya!

CAROLA.—Pues, sí sí...

PERICO.—¡Toma, toma, toma!...

ROGACIANO.—¿Por qué no pasan a ver a la Bienvenida?

CAROLA.—¡Yo estoy deseando comérmela a besos!

ROGACIANO.—¡Ahí, en la alcoba debe estar, con su madr Pasen, pasen... ¡Baldomera, una visita de confianza, que qui re hacer un cumplido!

CAROLA.—¡Con permiso!

ROGACIANO.—Entren ustedes.

EDUARDO.—¡Hasta ahora!

(Vanse Carola y Eduardo, por la primera izquierda, llevá dose los juguetes que traían.)

ROGACIANO.—¡Espantaos! ¡Dígame usted!

PERICO.—¡Tome tila!

ROGACIANO.—¡Acabo de tomarla!

PERICO.—Pues ¡agárrese!

ROGACIANO.—¿A dónde?

PERICO.—¡A mí, para no caerse!

ROGACIANO.—¡Ya está! *Escomencipie, Pollo.*

PERICO.—¡En mi casa se halla en estos momentos Mano San Juan!

ROGACIANO.—¡Manolo! ¿Y a mí que me cuenta usted? ¡U ted es muy dueño de recibir a quien le plazca! Pero el poll ¿no estaba en Méjico, según me contó un banderillero d "Niño de la Palma", que le vió allí?

PERICO.—Ha llegao a Madrid hace diez días. Viene sin d lindas perras, después de dar muchos tumbos por América.

ROGACIANO.—¡Me alegro! Yo tengo muy buen corazón, pe me congratulo de too lo malo que le suceda a ese granuja.

PERICO.—¡Pues agárrese otra vez! Me ha suplicao que n acerque a usted con el encarguito de decirle que desea h blarle.

ROGACIANO.—¡Yo no tengo na que hablar con semejan sinvergüenza! ¡Que le cuente lo que sea a su mamá!

PERICO.—¡Apañá está la madre! ¡Menuda pájara ha salid ¡Se ha escapao con uno!

ROGACIANO.—¿Volando?

PERICO.—¡A pie y por el camino de Vicálvaro! ¡Se ha id con un artillero!

ROGACIANO.—¿Y pa esa vulgaridad de fuga tantos mode nismos? ¡Qué atrasos!

PERICO.—¡Mujeres! ¡Pa ahogarlas a toas!

ROGACIANO.—¡Menos a la mía!

PERICO.—¡La de usted no cuenta!

ROGACIANO.—No contará pa usted, que pa mí cuenta mucha cosas. ¡Hasta milagros!

PERICO.—Volviendo a lo del Manolo. Se ha enterao del pr

mio de belleza que acaba de agarrar la Bienvenida, y ¿sabe usted la pretensión que tiene el niño?...

ROGACIANO.—¡Que le regalemos la cartilla!

PERICO.—¡Que la chica es suya y de la Milagros!

ROGACIANO.—¡Sí, sí!

PERICO.—Dice que ustedes la prohijaron pa ocultar la deshonra de una mujer soltera.

ROGACIANO.—¡Sí, sí!

PERICO.—Lo mismo le repliqué yo en igual tono chancero; pero no sabe usted cómo se ha puesto. Amenaza con el escándalo, con entrar aquí, por las buenas o por las malas...

ROGACIANO.—¡Dígale usted que venga!

PERICO.—¡Rogaciano, que nos estropeas el pasodoble!

ROGACIANO.—¡Lo vamos a bailar toos en cuanto llegue la *jazz!*

PERICO.—Yo he tratao de convencerle con lo que vi en las líneas de la Baldomera, que no me lo contó nadie; pero él asegura que han dao ustedes el cambiazo, porque no es posible, y ahora habla Manolo, que de padres tan feos...

ROGACIANO.—¡De padres feos, hijos bonitos! ¡Ya lo dijo la rubia del tranvía!

PERICO.—¡Ese les da a ustedes un disgusto! Quiere entrar en esta casa...

ROGACIANO.—¡Pues que pase! ¡Que se atreva a penetrar, y puede que salga por el tejao, después de partirle la cara!

PERICO.—¿Y si se la parte él a usted?

ROGACIANO.—¡A mí ya me la han partido esta tarde! ¡Dígale que yo me río de él y de su sombra!

PERICO.—Espero que lo convenceré pa que no dé el mitin. ¡Sería una lástima que esta tarde se aguase el baile!

ROGACIANO.—¡Bailaremos bajo techao! ¡Usted no se preocupe!

PERICO.—¡Pues a bailar, y a ver a quién le toca con la más fea! *(Vase por la derecha.)*

ROGACIANO.—¡A mí! ¡Qué duda coge! ¡Ya me ha comprometido mi señora pa un charles! *(Acercándose a la puerta de la derecha.)* ¡Dele usted el recao sin quitar una coma!... ¡Suya la chica más estupenda de España! ¡No tiene él gracia pa eso!

(Sale LA MILAGROS *por la primera izquierda.)*

MILAGROS.—¡Hablo, y ni siquiera me miran! ¡Pa qué vendría!

ROGACIANO.—¡¡Milagros! ¿Cuándo has entrao? ¿Quién te ha traído?

MILAGROS.—¡Un cacho de corazón que conserva una a ratos!

ROGACIANO.—¿Y has tenido valor?...

MILAGROS.—¡He tenido valor pa tantas cosas!

Rogaciano.—¿Por qué has venido? ¿No te habías muerto pa nosotros?

Milagros.—¡Pa vosotros, sí, y bien muerta que estoy! ¡Pero me quedan entavía muchas horas de martirio! Supe lo de la nenita, y no me detuvo na.

Rogaciano.—Hace tiempo, te vi una noche con otras tan desgraciadas como tú; pero no se lo dije a la Baldomera.

Milagros.—¡Que Dios te lo pague!

Rogaciano.—¿Por qué has venido a decírselo tú misma?

Milagros.—¡Quién fuera a vuestro lao la de antes!

Rogaciano.—¡La de antes!

Milagros.—¿Te acuerdas? ¡Cómo se acercaban los hombres al puesto, por verme! ¡Si se naciera otra vez, Rogaciano!

Rogaciano.—¡Yo escogería esta vida mía de ahora, porque si me faltase la Collaritos, acaso no acertara a vivir! ¡Bien te burlaste del infeliz esterero! "¡Acabaca, *méndigo!*" ¡No se me ha olvidao aquella puñalá, Milagros! *(Y en este momento aparece en la puerta de la derecha* Manolo San Juan. *También es otro, como la Milagros. Llega vencido, derrotado, con las huellas, en su cara y en su espíritu, de una vida de vicios y de fracasos. Viste traje oscuro, modesto y usado; pañuelo claro al cuello y gorra. Milagros, al verle, ahoga un grito de sorpresa y de cólera.)*

Milagros.—¡Manolo!...

Rogaciano.—¡Chist, calla! Deseabas entrar en mi casa, amenazando con el escándalo, ¡y ya ves lo que encuentras al volver! ¡Ahora podía yo reírme de ti, y no me río, porque no soy una mala persona!

Manolo.—¡Ni yo tampoco!

Rogaciano.—¡Había hecho el propósito de arrojarte de aquí, si te atrevías a pasar el dintel de esa puerta, y no sé cómo me contengo! Me han dicho a lo que vienes, y vienes engañao. ¡Mi hija es mía! ¿Te enteras?

Manolo.—¡Tendréis que probarlo!

Rogaciano.—¿Y cómo se prueba eso?

Manolo.—¡A mí me han asegurao que su madre es la Milagros!

Milagros.—¿Qué dices, loco? ¡Yo seré tan mala como tú, que ya es bastante, pero tan infame como pa renegar de una hija, aunque fuese tuya, no! ¿Por qué iba a renegar de la sangre de mis venas?

Manolo.—Por consejos de la familia, que temiendo una vergüenza...

Milagros.—¿Y qué más vergüenza que verme como me tienes delante de tus ojos?

MANOLO.—Ahora, no; pero entonces...

MILAGROS.—¡Ni entonces ni nunca!

ROGACIANO.—¿Lo estás oyendo? ¡Casi estaba por echarme reír! Pero no me río. ¡Habla con ella, ya que, por lo me-s, pretenderás disculpar tu felonía, y si después necesitas ıblar conmigo, ahí dentro estoy pa too lo que se te ofrezca! Tú pudiste quitarme, por guapo, una mujer; pero la alegría mi hija...! ¡Jajay, qué risa!

MANOLO.—¡Rogaciano!

ROGACIANO.—¡Ahora sí que me río! ¡Jajay! ¡Jajay!

MANOLO.—¡No tolero!...

ROGACIANO.—¡Pues lárgate! El que venga de visita a mi ısa, sabe que tiene que reírse, porque aquí está Gutiérrez. Jajay! ¡La niña desaparecida! ¡Jajay! ¡El ladrón de hote-s! ¡Jajay, qué risa...! (¡Pobrecillos; me dan lástima!) *(Vase r la primera izquierda.)*

MANOLO.—¡Si no mirara!... *(Pausa breve.)*

MILAGROS.—Han pasao los tres años que marcaste de plazo. Vienes a buscarme?

MANOLO.—¡No sabía que estuvieses con tus hermanos!

MILAGROS.—¡Yo no tengo ya hermanos!

MANOLO.—Me dijo el señor Perico que vivías...

MILAGROS.—Como tú, poco más o menos.

MANOLO.—¡Cosas de nuestro sino!

MILAGROS.—¡Habíamos de tropezarnos alguna vez, porque el undo es un pañuelo, y nos hemos encontrao aquí en un día mo el de hoy!

MANOLO.—¡El que nace con mala estrella!...

MILAGROS.—¡No culpes a tu estrella! ¡Cúlpate a ti mismo, mo yo me culpo por haberme cegao el orgullo!

MANOLO.—¡A mí me arrastró la ambición, la vanidad de eerme un niño bonito protegido de la Fortuna! ¡Si supie-s cómo he vuelto a España, de donde salí en una nube!

MILAGROS.—¡Pobre Manolo!

MANOLO.—¡Piensa de mí lo más malo y lo más canalla... tal vez aciertes con mi vida en América!

MILAGROS.—¡Pues calcula una existencia pareja a la tuya, tendrás la mía sin que yo te la cuente!... ¿Quisiste a algu-ı mujer?

MANOLO.—¡Hasta dejarme robar la voluntad!

MILAGROS.—¡Esa fué mi vengadora! ¿Qué te figurabas? ¿Que-as tú solo quien sabía engañar?

MANOLO.—¡Y cuando mi voluntad era la suya, y mi vida la ıya, y mi única luz la de sus ojos, supe que había sido un guete de su capricho!

MILAGROS.—¡Por una que cae y sufre, otra que hace sufri

MANOLO.—¡Cómo he sufrido! ¡Ahora, que me veo más d rrotao que nunca, ha hecho Dios que me encuentre contig ¿Habrá habido quizá en este encuentro como un aviso de Fatalidad, que nos dice que, tardé o temprano, tenemos que s el uno del otro?

MILAGROS.—¡El uno del otro! ¡Qué castigo vernos así!

MANOLO.—¡Todavía no es tarde pa borrar una mala acció ¡Vente conmigo! ¡No soy na! ¡Me han vencido! ¿No te co padeces?

MILAGROS.—¡Calla!...

MANOLO.—¡Estoy muy solo, Milagros!

MILAGROS.—¡Más sola me dejaste tú!

MANOLO.—¿Por qué no soñar otra vez?

MILAGROS.—¡Pobre Manolo!

MANOLO.—¿Por qué no volver a querernos con aquella p sión de llama y de brasa que nos quemaba los labios?

MILAGROS.—¡Los de Milagros, la Horchatera, no saben ni besar, de tanto como han besao!

MANOLO.—¡A mí sí sabrán besarme, porque me quiere ¿Verdad que tú me quieres?

MILAGROS.—¡Está escrito allá arriba!

MANOLO.—¡Nuestro sino, como ya te dije antes! *(Llega I* TUNANTA *por la derecha.)*

TUNANTA.—¡La *jazz-banda!* ¡Ya han llegao los de la *ja banda!* ¡Señora Baldomera!... *(Vase por la primera izquierda*

MANOLO.—¡Vente conmigo!

MILAGROS.—¡Adonde tú me lleves, pa ser lo que tú quier que sea!

MANOLO.—¡Mía! ¡Te lo juro!

¡MILAGROS.—¡Pero no me abandones otra vez, porque aho que ni casa tienes y mi vida es lo que tú sabes, me marc ilusioná contigo!

MANOLO.—¡Eternamente juntos, ya que, por nuestra de gracia, nos ha enseñao tanto la vida a los dos! *(Y vanse l dos por la derecha. Sale* LA TUNANTA *por la izquierda.)*

TUNANTA.—¡Que están en el jardín! *(Asomándose a la ve tana de la derecha.)*¡ Han venido cuatro!... ¡Huy, aquel d bombo, qué cara de tunante tiene!... ¡A ver si tocan usted cosas bonitas! ¿Saben eso que se llama "Noché de cabaré *(Cantando con música de "Las Castigadoras".)*

"Noche de cabaré,
cuando la conocí..."

¡Anda! ¡Los del hotel del once! ¡Pasen, pasen ustedes! ¡S

ñora Baldomera! ¡Señora Baldomera!... *(Salen por la primera izquierda,* Collaritos, Carola *y* Eduardo. *Collaritos aparece ahora muy repeinada, muy limpia, con su traje de boda, reformado y sus zapatos de gala.)*

Collaritos.—¡No escandalices de ese modo, Tunanta!

Tunanta.—¡Es que han venido los del once! ¡Míreles usted!

Collaritos.—¡Pues allá me voy a hacer los honores! *(Vase por la derecha.)*

Tunanta.—¡Mande usted a los de la *jazz-banda* que toquen "Noche de cabaré"!

Eduardo.—¡Juerguecita, juerguecita! Oye, Carolilla, ¿a ver cuándo tienes gracia *pa* darme unos buenos días?

Carola.—¡Te los doy todas las mañanas!

Eduardo.—¡A escobazos! *(Llega el* señor Perico *por la derecha.)*

Perico.—¡Parece que nos animamos! ¡El parque se está llenando de gente!

Tunanta.—*(Dentro, en la derecha, se oye tocar a un "jazz band" de pocas pretensiones, "Noche de cabaret", de "Las castigadoras".)* ¡Huy, que tocan, que tocan! ¿Quiere usted bailar conmigo?

Perico.—¡Bueno! *(Y bailan.)*

Eduardo.—¿Hace un ratito de *tersicoreo*, prenda?

Carola.—¡Estoy comprometida!

Eduardo.—¿Con quién?

Carola.—¡Con un broncista muy granuja!

Eduardo.—¡Se ha mudao hace tiempo a ese cacho de corazón, que es una cárcel! *(Bailan también.)*

Tunanta.—¡No me haga usted tunanterías, señor Perico!

Perico.—(¡A ésta la ahogo yo antes de media hora!) *(Vuelve* Collaritos *por la derecha.)*

Collaritos.—¿Y el Rogaciano? ¿Y la Bienvenida?... ¡Eh! *¡Amos,* bailando en el *jol pa* estropearme la alfombra! ¡Al jardín, al jardín *tóo* el mundo, que hace buen tiempo!

Tunanta.—¡Venga usted, pollo!

Perico.—¡La ahogo!

Collaritos.—*(Acercándose a la primera puerta de la izquierda.)* ¡Rogaciano!

Eduardo.—¡A ver si encontramos un ladrillo *pa* no salirnos de él hasta el crepúsculo! *(Se han ido marchando por la derecha* La Tunanta, Perico el Pollo, Carola *y* Eduardo.)

Collaritos.—¡Pero, Rogaciano! *(Sale* Rogaciano *tan peinado y afeitado como en el acto primero, y luciendo el traje que guarda en el fondo del baúl para las festividades. En sus bra-*

zos trae a la Bienvenida, primorosamente vestida de blanco.) ¡Anda, hombre, que se impacienta la concurrencia!... ¡Cuidao no le arrugues el trajecito!

ROGACIANO.—¡Chavó, lo que pesa!

COLLARITOS.—¡Anda!... ¡Anda, hombre!

ROGACIANO.—¡Qué pesá eres, hija mía!... ¡La voy a presentar como un rey a su heredero! *(Rogaciano y Collaritos van a la ventana de la derecha y presentan la niña a sus amigos. Dentro se oyen aplausos y vivas a la Bienvenida. Vuelve a tocar la música.)* ¡Gracias, amado pueblo! ¡Muchas gracias! ¿Y pa mí no hay *ná? (Ahora se oyen unos vivas a Rogaciano.)* ¡Qué simpatías tengo en el barrio! ¡Gracias, vecinos! *(Calla la música.)*

UNA VOZ DE HOMBRE, DENTRO.—¡Ni a la ventana te asomes!

ROGACIANO.—¡Me asomo porque me dá la gana, que *pa* eso es mía!... ¡Viva Collaritos!

TODOS.—*(Dentro.)* ¡Vivaaa!...

COLLARITOS.—¡Rogaciano, que me emociono!

ROGACIANO.—¡Y yo!

COLLARITOS.—*(Tomando a la Bienvenida en sus brazos y retirándose de la ventana.)* ¡Ven tú aquí, hija, que no sabes cuánto tengo que agradecerte! *¡Toa* esa música, esa alegría y esta alegría mía, es por tí; por tí, que trajiste a esta casa la más grande que hay en la tierra: el cariño de un hijo!

ROGACIANO.—Y el de un esposo.

COLLARITOS.—*(Estrechándola contra su pecho.)* ¡Que Dios te lo pague y te haga muy dichosa!

ROGACIANO.—Cuando vayas a querer a un hombre, no *repares* en si es guapo o feo...

COLLARITOS.—Lo principal es que sea bueno, honrao y de nobles sentimientos. ¡Como tu padre!

ROGACIANO.—¿Quién le ha puesto este collar?

COLLARITOS.—Yo. Es el que me regalaste el día de nuestra boda. ¡Pero ya es *pa* ella! *¡Pa* mi Collaritos!

ROGACIANO.—*¡Pa* nuestra Collaritos!

(Quedan contemplando con ternura paternal a Bienvenida y se asoman a la puerta de la derecha PERICO EL POLLO, CAROLA, EDUARDO, LA TUNANTA Y VARIOS INVITADOS DE AMBOS SEXOS.)

PERICO.—¡Miren ustedes! ¡Y que no vale *ná* eso! ¡Más que *too* el oro del mundo!

EDUARDO.—¡Aprende, Carola!

CAROLA.—¡Aprende tú, pelmazo!

COLLARITOS.—¡Huy, qué guapa está con el collar!

ROGACIANO.—¡Collaritos, rica! ¡Bonita!

ROGACIANO y COLLARITOS.—¿Quién te quiere a ti?... ¿Quién te uiere a ti?...

(Besan los dos a la niña, los amigos comentan el cuadro con randes muestras de alegría, suena otra vez la música y cae or última vez el telón.)

FIN DE LA NOVELA ESCENICA



OBRAS DEL MISMO AUTOR

"Santo con gracia", sainete en prosa, original.

"Juan de Madrid" (la vida de un pollo "bien"), escenas de sainete, distribuídas en tres actos, originales y en prosa.

"Modistillas y perdigones", sainete en cinco cuadros, original y en prosa. Música de los maestros Quislant y Badía.

"Cinema", comedia en tres actos, original y en prosa.

"Cocolín", comedia en tres actos, original y en prosa.

"Soledad y Compañía", sainete en seis cuadros, dispuestos en dos actos, original y en prosa. Música del maestro Francisco Alonso.

"Las de Mochales", escenas de la vida de unas niñas "bien", distribuídas en tres actos, originales y en prosa.

"Un plan fantástico", juguete cómico en tres actos, original y en prosa.

"Charlestón", caricaturas escénicas, distribuídas en tres actos, originales y en prosa.

"Los lagarteranos", comedia en tres actos, original y en prosa.

"¿Quién te quiere a ti?", novela escénica en tres actos y unos metros de película, original y en prosa.

LA FARSA

PUBLICACIÓN SEMANAL DE OBRAS DE TEATRO

IRECTOR: VALENTIN DE PEDRO

Administración: RIVADENEYRA (S. A.)—Sección de publicaciones.

PASEO DE SAN VICENTE, 20.—MADRID

PRECIO DEL EJEMPLAR: 50 CENTIMOS

JMEROS PUBLICADOS:

1. LA CARABA, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
2. MI MUJER ES UN GRAN HOMBRE, de Berr y Verneuil, iducción de José Juan Cadenas y Enrique F. Gutiérrez-Roig.
3. LA VILLANA, de Romero y Fernández Shaw.
4. LA AVENTURERA, de José Tellaeche.
5. LA CUESTION ES PASAR EL RATO, de Serafín y Joaquín varez Quintero.
6. ATOCHA, de Federico Oliver.
7. ¡MAL AÑO DE LOBOS!, de Manuel Linares Rivas.
8. MARIA DEL MAR, de Juan Ignacio Luca de Tena, adaptan de una novela de Miguel de la Cuesta.
9. LA DEL SOTO DEL PARRAL, de Sevilla y Carreño.
10. LA SOPA BOBA, de Antonio Paso y Antonio Paso (hijo).
11. LOS LAGARTERANOS, de Luis de Vargas.
12. ME CASO MI MADRE, O LAS VELEIDADES DE ELENA, Carlos Arniches.
13. ¡ESCAPATE CONMIGO...! de Armont y Gerbidón, versión stellana de José Juan Cadenas y Enrique F. Gutiérrez-Roig.
14. CALAMAR, de Pedro Muñoz Seca.
15. LAS ALONDRAS, de Romero y Fernández Shaw.
16. EL ANTICUARIO DE ANTON MARTIN, de Antonio Paso.
17. CANCIONERA, de Serafín y Joaquín Alvarez Quintero.
18. EL GATO CON BOTAS, de Tomás Borrás y Valentín de Pedro.
19. VIA CRUCIS, de Luis Fernández Ardavín.
20. SU MANO DERECHA, de Honorio Maura.
21. ENTRE DESCONOCIDOS, de Rafael López de Haro.
22. LA MANOLA DEL PORTILLO, de Carrere y Pacheco.
23. DOÑA MARIA LA BRAVA, de Eduardo Marquina.
24. LA CHULA DE PONTEVEDRA, de Paradas y Jiménez.
25. LA ULTIMA NOVELA, de Manuel Linares Rivas.
26. LA NOCHE ILUMINADA, de Jacinto Benavente.
27. ¡USTED ES ORTIZ! de Pedro Muñoz Seca.
28. TU SERAS MIO, de Antonio Paso y Antonio Estremera.
29. LA PETENERA, de Serrano Anguita y Góngora.
30. EL ULTIMO ROMANTICO, de José Tellaeche.
31. LA MALA UVA, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
32. LA CASA DE LOS PINGOS, de Paso y Estremera.
33. LA MARCHENERA, de R. González del Toro y F. Luque.
34. EL QUE NO PUEDE AMAR, de Alejandro Mac-Kinlay.

35. LA MURALLA DE ORO, de Honorio Maura.
36. LA PARRANDA, de Luis Fernández Ardavín.
37. EL DEMONIO FUE ANTES ANGEL, de Jacinto Benavente.
38. LA MORERIA, de Romero y Fernández Shaw.
39. LA CURA, de Pedro Muñoz Seca y Enrique García Velloso.
40. EL SEÑOR DE PIGMALION, de Jacinto Grau.
41. NO HAY DIFICULTAD y CRISTOBALON, de Manuel Linares Rivas.
42. HERNANI, versión y arreglo a la escena española por d. Manuel y D. Antonio Machado y D. Francisco Villaespesa.
43. Y VA DE CUENTO, de Jacinto Benavente.
44. LA CAPITANA, de Sevilla y Carreño.
45. MI PADRE NO ES FORMAL, de José Juan Cadenas y Enrique F. Gutiérrez-Roig, en colaboración con L. Marchand.
46. ¡BENDITA SEAS!, de Alberto Novión.
47. ¡PARE USTE LA JACA, AMIGO!, de Francisco Ramos de Castro.
48. EL BUEN CAMINO, de Honorio Maura.
49. EL TIO QUICO, de Carlos Arniches y J. Aguilar Catena.
50. ¡POR EL NOMBRE!, de Federico Santander y José Mar. Vela.—LA MAS FUERTE, de Augusto Strindberg.
51. MADEMOISELLE NANA, de Pilar Millán Astray.
52. MARIANA PINEDA, de Federico García Lorca.
53. EL CADAVER VIVIENTE, de León Tolstoy, traducción de Torralba Beci.
54. EL DESEO, de Luis Fernández Ardavín.
55. CUENTO DE AMOR, de Jacinto Benavente, y SONATA, de Francisco de Viu.
56. ¡MAS QUE PAULINO...!, de Emilio González del Castillo y Manuel Martí Alonso.
57. UN ALTO EN EL CAMINO, de El pastor poeta.
58. CUERDO AMOR, AMO Y SEÑOR, de Avelino Artís. Traducción del catalán por Arturo Mori.
59. ¡NO QUIERO, NO QUIERO!..., de Jacinto Benavente.
60. LA ATROPELLAPLATOS, de Paso y Estremera.
61. EL BURLADOR DE SEVILLA, de Francisco Villaespesa.
62. LAS ADELFAS, de Manuel y Antonio Machado.
63. LOLA Y LOLO, de José Fernández del Villar.
64. EL AUTOMOVIL DEL REY, de Natanson y Orbok, en colaboración con J. J. Cadenas y E. F. Gutiérrez-Roig.
65. MI HERMANA GENOVEVA, de Berr y Verneuil, en colaboración con J. J. Cadenas y E. F. Gutiérrez-Roig.
66. RAQUEL Y EL NAUFRAGO, de Honorio Maura.
67. LA MAJA, de Luis Fernández Ardavín.
68. EL ROSAL DE LAS TRES ROSAS, de Manuel Linares Rivas
69. LA TATARABUELA, de Cadenas y González del Castillo.
70. EL ULTIMO LORD, de Ugo Falena, traducción de Víctor Girondo y Manuel Morcillo.
71. CUENTO DE HADAS, de Honorio Maura.
72. ¡UN MILLON!, de Pedro Muñoz Seca y Pedro Pérez Fernández
73. ORO MOLIDO, de Federico Oliver.
74. DE LA HABANA HA VENIDO UN BARCO..., de Antonio Paso y Antonio Estremera.
75. LAS HILANDERAS, de Federico Oliver.
76. HILOS DE ARAÑA, de Manuel Linares Rivas
77. ¡MIRA QUE BONITA ERA...!, de Francisco Ramos de Castro.
78 CUENTO DE ALDEA de Luis Fernández Ardavín
79. UNA MANO SUAVE, de Alberto Insúa y Tomás Borrás.
80. ¿QUIEN TE QUIERE A TI? de Luis de Vargas.

GUTIÉRREZ

SEMANARIO ESPAÑOL
:-: DE HUMORISMO :-:

24 páginas. Cuatro colores. 30 céntimos.

Xaudaró.—Tovar.—Penagos.—Ribas.—Bartolozzi.—Baldrich.—Karikato.—Roberto.—Barbero.—López Rubio.—Tono. Etcétera.

K-HITO, director.

Los mejores escritores humorísticos.—Concursos raros.—Secciones extrañas.—¡Contra la neurastenia!—¡Contra la hipocondría!—Humorismo sano.—Buen gusto.

COMPRE USTED TODOS LOS SABADOS

GUTIÉRREZ

Administración: RIVADENEYRA (S. A.)
Paseo de San Vicente, 20.—MADRID

Lea usted

macaco

el periódico de los niños

Contiene historietas, chistes, cuentos, muñecos recortables, dibujos para iluminar, pliegos de soldados, etc., y otras muchas secciones, que son el encanto de los niños. No dejéis de comprarlo, pues además, obtendréis grandes regalos.

APARECE LOS DOMINGOS 25 céntimos

COMPRE Y COLECCIONE TODOS LOS NÚMEROS DE

LA FARSA

ASÍ TENDRÁ USTED, ADEMÁS DE LA COLECCIÓN MÁS COMPLETA DE LAS OBRAS QUE SE ESTRENEN CON ÉXITO EN MADRID, UNA COMPLETÍSIMA GALERÍA DE PERSONAJES CÉLEBRES DEL TEATRO ESPAÑOL, PUES CADA UNA DE LAS CUBIERTAS DE

LA FARSA

ES UNO DE ESOS PERSONAJES, A LOS QUE DIERON VIDA IMPERECEDERA LOS GENIOS DE NUESTRA DRAMÁTICA.

Cubierta de este número:

ISABEL DE SEGURA,

de LOS AMANTES DE TERUEL

de Hartzenbusch.

Rivadeneyra (S. A.) Artes Gráficas.
Paseo de San Vicente, 20. Madrid.